EL REPARTO DE SIVA
Siva, que manda al (hombre las cosechas,
de pan, trabajo y duelos
y hace que sople el (viento,
sentado en el umbral de (un claro día,
ha de ello mucho tiem- (po,
repartió su porción a (cada uno.

Crítica para los Niños

Suplemento de 8 páginas Aparece los miércoles

desde el Rey, que [illegible] (guédo se reclina,
al pobre pordiosero.
Hízole todo Siva, el que (protege,
sí, todo ¡Mahadeo!
dió el espino al camello, (al buey forraje,
y a ti, mi niño, por co- jín mi pecho.

Rudyard Kipling.

El pesquisa Hormiga Negra o el robo del diamante azul

HISTORIETA POLICIAL ILUSTRADA POR ROJAS



EL ATARDECER

(Premiado)

Es una de las hermosas y apacibles tardes del mes de diciembre.

El cielo límpido, se asemeja a una inmensa sábana azul y sólo una que otda nubecilla blanca, se atreve a perturbar la monotonía del firmamento.

En primer término, se vé una pequeña encrucijada, al borde de la cual, pastan mansamente dos caballos: tordillo el más grande y zaino el petizo, de largas crines ambos, quienes para calmar la sed se dirigen al arroyuelo cercano de aguas claras y tranquilas.

A la izquierda, hállase un frondoso bosque de robles, eucaliptos y enredaderas, que con su espeso ramaje, parecen invitar al viajero a descansar bajo su hospitalaria sombra.

También claramente en medio del silencio de la tarde, se oye un ruido rítmico y seco; es el hacha del leñador que golpea contra la dura corteza de los árboles derribándolos y ganándose de este modo el pan de cada día para él y los suyos. El leñador ya terminó la dura tarea y se dirige para un recodo del camino donde se ven dos gigantescos álamos que al pie de éstos él construyó un humilde rancho para vivir con su familia.

Y así sucesivamente mientras se oyen los tañidos lentos y acompasados del campanario, el balido de las ovejas y el murmullo incesante del manso arroyuelo; el sol se oculta en el ocaso enviando a tierra como bendiciones sus últimos rayos...

Alfredo Balbino Cancio,

13 años

LA ALBORADA

(Premiado)

Amaneca. El cielo comienza a clarear por el lejano horizonte. El astro Rey, coloreado de vivísimo arrebol, asoma por el Oriente.

Desaparecen las últimas estrellas y, con ellas, la plateada y romántica Luna.

La tierra entera se extasía ante el hermoso y subyugante cuadro que ofrece la madre Natura a la hora del alba.

Saludan los animales la salida del sol, anuncio del hermoso día que se está iniciando. Relincha el caballo, rebuzna el asno y los gorjeos de algún ave canora escondida entre el frondoso ramaje de esos dos árboles, repercute en la lejanía...

Felices las almas que comprenden la belleza poética del amanecer! Porque el amanecer reproducido en esta lámina, deja ver a través de los rayos del sol que nace, la grandeza y la Omnipotencia de la Naturaleza...

Amelia C. Tomasini

14 años

"CRITICA", ALMA DEL PUEBLO

CRITICA nombre evocado por todos los lectores que recurren a ella en busca de alivio para sus infortunios y donde todos encuentran una palabra de consuelo.

Cierto día caminando por la calle Sarmiento una niñita de corta edad hizo que yo detuviera el paso apresurado que llevaba; dirigí una mirada hacia ella y cuál no sería mi sorpresa al oir que con ternura inefable interrogaba ¿a dónde queda CRITICA?

De inmediato contesté: media cuadra.

Me resultó simpática la chica y me ofrecí gustosa para acompañarla.

Le pregunté a qué iba y entonces pude escuchar de sus labios una triste historia.

Así se expresó aquella desventurada.

Hace pocos meses murió mi padre dejándonos en la mayor miseria.

Mi madrecita de mi alma se vió obligada a buscar trabajo en una fábrica pero luego a consecuencia de la ruda tarea se enfermó.

Las fuerzas le faltaron y tuvo que abandonar aquella ruda labor. Eso fué otro golpe fatal para nosotros... sin dinero... sin alimentos... sin medicinas...

Hoy al evantarme noté a madre más grave y una idea luminosa cruzó por mi mente.

¿Si fuera a CRITICA, el diario que ayuda a todos los menesterosos? Y me decidí, llegué al centro y aquí me tiene.

Esta mañana he vuelto a encontrar a la pequeña desconocida. Y le interrogué:

—¿Cómo te fué hijita, el otro día?...

—Muy bien. En CRITICA me facilitaron lo que necesitaba para alimentos y medicinas.

Ahora voy a dejar constancia de mi agradecimiento porque los lectores de ese diario me han ayudado bastante.

Luego dominada por ese instante de alegría exclamó: CRITICA es en realidad el alma del pueblo...

Elena Sánchez Gasquet.
12 años

LA RECOMPENSA

Vivían en una miserable aldea, cierta vez, un leñador, su esposa y dos hijos. Su casucha era humilde y pobre, pero aseada y ordenada. Los hijos, mayorcitos ya, ganaban algo y con ello contribuían al sustento de la familia.

Aconteció cierta vez que los hijos, al dirigirse a su trabajo, encontraron a un señor bien vestido en el suelo, quejándose lastimosamente. Los muchachos, bondadosos de corazón, se le acercaron y al preguntarle al señor cuál era la causa de que se hallara en ese trance, este respondió: "Hijos míos: venía yo distraído por este camino, cuando de pronto tropecé con una pesada piedra y caí al suelo lastimándome la pierna. ¡Ayudadme, por favor!"

Los jóvenes no necesitaron que les dijera más. Lo alzaron entre los dos y lo transportaron como pudieron a su pobre cabaña. Los padres, asombrados, los ayudaron a acostarlo en la cama. Luego trataron de curarlo con algunos remedios caseros; pero luego comprobaron que era necesaria la presencia del médico, pues tenía fracturado un hueso de la pierna. El hijo mayor se dirigió al pueblo en busca del médico, con el que llegaba luego de un rato a la cabaña. Mientras el médico curaba al herido, los hijos explicaron a sus padres cómo había ocurrido todo. Media hora después el médico dijo que podría caminar algo. Luego se retiró.

Pero no obstante, los habitantes de la casucha, dijeron al herido que debía descansar aunque fuese unos días. Así fué que el viajero permaneció allí cinco días más, durante los cuales no se cansaba de expresarles su agradecimiento.

Al cabo de esos días, el señor de la ciudad manifestó que se marcharía, pues tenía que despachar unos asuntos urgentes.

Fué conducido hasta la estación por sus bienhechores en un coche.

En la estación repetía las mismas demostraciones de agradecimiento hasta la hora de partir el tren. Luego volvieron a su casa, no acordándose nadie más del suceso.

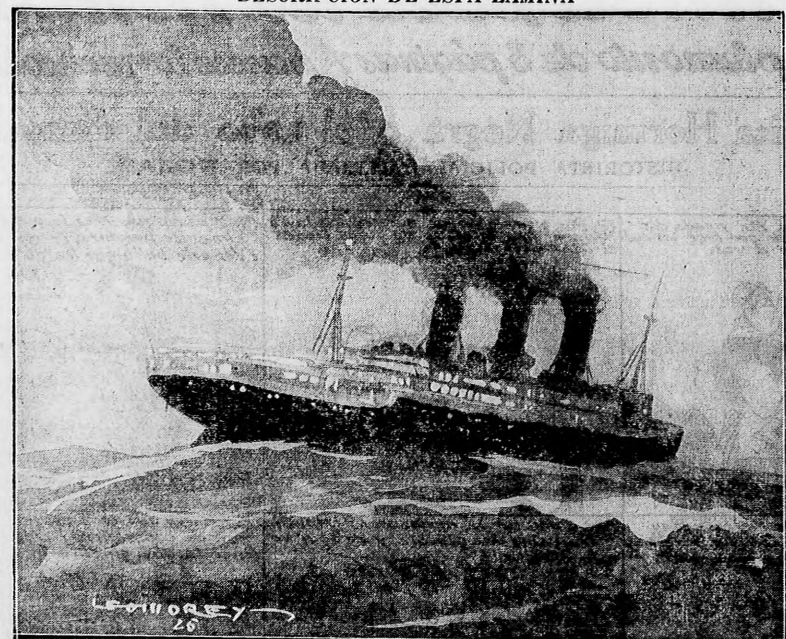
Días después les llegaba un cheque por una fuerte suma de dinero y una carta, por la cul se enteraron de que el señor que habían socorrido era nada menos que un rico banquero.

Con el dinero compraron una casa y tierras, viviendo luego una vida descansada y trinquila.

Así bondad tuvo la recompensa.

Gabriel Fernández
11 años

DESCRIPCION DE ESTA LAMINA



Semanalmente, publicaremos una lámina del tamaño de la presente, con el propósito de que nuestros amiguitos observen en ella, y nos describan por escrito cuánto pueden sugerirle las escenas que ellas representan, y que trataremos sean todo lo sencillas posibles. Las cuatro mejores descripciones serán premiadas con un argentino oro, suprimiéndose, en consecuencia, los premios que a los mejores cuentos dió la dirección de CRITICA hasta hace poco. Ello no significa que las colaboraciones y cuentos que acostumbran a mandarnos nuestros colaboradores sean desechados. Los cuentos que se nos envíen, y que a juicio nuestro lo merezcan, serán publicados e ilustrados, como estímulo al trabajo y dedicación de nuestros amiguitos.

GENEROSIDAD DEL TIO PANCHO



—¡Oh, mira! ¡Y sólo tenemos para un helado!



—Ahí viene tío Pancho. Vamos a hacer que nos convide



—¡Oh, tío Pancho! ¡Te esperábamos para tomar helados!





—Vea, tío Pancho, aquí tenemos plata



—Nosotros le invitamos si Vd. quiere acompañarnos

—Muy bien, muchachos; son muy generosos



—Es una proposición que os honra



—¡Oh! Agradezco vuestro convite

—Denme los centavos y yo pagaré



—Mil gracias, pibes. Pero aquí sólo hay plata para mí



—¡Ahora sí que nos quedamos sin helado!



—¡Ola, pibes! ¿Creíais que tío Pancho os había olvidado?

Esta semana resultaron premiadas las siguientes descripciones:

MADRE FELIZ, por Daniel Torres.
LA ALBORADA, por Amelia C. Tomassini.
EL ATARDECER, por Alfredo B. Cancio.
MAÑANA DE PRIMAVERA, por José H. Urquía.

MADRE FELIZ

(Premiado)

Era la hora del crepúsculo de un día de Primavera. A esa hora parece que la naturaleza se durmiera, mientras el Sol se va escondiendo lentamente en el ocaso.

A lo lejos se ven dos grandes pinos que se alzan majestuosos como gigantes en medio de esa soledad. A la izquierda se levanta un gran árbol de frondoso follaje al cual miran los dos animales.

La madre mientras descansa de la faena diaria, el buen hijo le acaricia haciéndole olvidar con su cariño, el rudo trabajo que la pobre yegua ha tenido que hacer durante todo el día. Con esto el buen hijo recompensa los sacrificios de su buena madre mientras lo criaba

Daniel Torres
12 años.

MAÑANA DE PRIMAVERA

(Premiado)

¡Cuántas personas, por quedarse de mañana en el lecho, no han gozado nunca del sublime espectáculo que ofrece la salida del Sol!

El aire fresco que se respira en esos momentos, comunica nuevas fuerzas a nuestros miembros y los suaves perfumes que exhala la tierra, al evaporarse el rocío, parece que refrescan la inteligencia.

De la sierra y del llano, de los arroyos y de los bosques, se levanta una armonía indefinida, en la cual se confunden todas las voces de la naturaleza. Es el canto de los pájaros y el tropel de los animales que discurren libremente por los campos; es el murmurio de los arroyos y el susurro de la brisa al deslizarse por las hierbas y los árboles.

En aquel instante la naturaleza ostenta todas sus riquezas y desde el insecto al hombre, nadie puede contemplarlas sin admiración y reconocimiento.

José H. Urquía

12 años

EL ALCOHOLISMO

Este cuento lo escribo recordando a un compañero que tuve en 3er. grado Llamábase Alfredo. Era un niño de unos 13 años de edad, pero su rostro revelaba el triple; andaba siempre sucio, harapiento, tardo en inteligencia, flaco y de mal corazón era aquel pobre niño. Yo no comprendía el por qué de esto, pero un día encontré claramente demostrada la explicación en la siguiente forma: Volvía yo del almacén, donde había ido a efectuar unas compras, cuando al volver a casa me encontré con la madre de Alfredo, una mujer demacrada, sucia y con señales inequívocas de una gran tristeza, dando vueltas alrededor de un despacho de bebidas instalado en una esquina. Picado yo por la curiosidad crucé a la acera opuesta para no pecar de imprudente y desde allí observé a la pobre mujer. Esta, de vez en cuando, llamaba con voz llorosa y temblona: ¡Juan! ¡Juan! Entonces se abrió la puerta y salió el padre de Alfredo, un hombre con cara de alcoholista, ya algo ebrio, y que le dijo mirándola fija y ferozmente, con brutal acento: ¡Qué quieres! A lo que ella contestó: ¡Por Dios, Juan, vuelve a casa, mira que gastarás todo el dinero, te lo pido por nuestro Alfredo, vuelve, querido Juan! Entonces el padre de Alfredo dijo, con el mismo tono de voz, pero imperativamente: ¡Vete a casa si no quieres pagar caro tus impertinencias! Y luego volvióse al interior del negocio, donde estaba en compañía de varios ebrios; la mujer lo miró un momento, meneó tristemente la cabeza y luego volvió a su casa, que era un inmundo conventillo, en el que ocupaban una pequeña pieza. Yo también volví a casa y durante el trayecto pensé que aquel hombre era el causante de aquel drama ¡y como ése otros tantos, cuyo factor es el alcohol! Pensé en Alfredo, que debía soportar los disgustos en su casa y recibir malos tratos, pasar hambre y frío, pensé en su madre, una heroína desconocida; todo por causa de aquel maldito vicio era el dolor de la madre y el embrutecimiento del niño.

Desde ese día Alfredo fué mi amigo más querido. Yo procuré arrancarlo del embrutecimiento en que vivía, mediante consejos, incitándole al estudio, pero todo era en vano. Algunas veces él me contaba los malos tratos que le daba su padre; supe por él que venía borracho casi todas las noches y entonces por una futileza cualquiera los maltrataba hasta dejarlos tendidos en el suelo. Cuando volvía yo a mi casa pensaba que los niños no deben tomar ninguna clase de bebidas alcohólicas porque el alcoholismo es uno de los peores vicios, pues arruina física y moralmente, hace derrochar el dinero y obliga a los bebedores a descender hasta el último grado de brutalidad y tiene continuidad en toda una generación.

Niños: no toméis nunca alcohol, porque luego tendréis que arrepentiros, procurad quitar el vicio a quien lo tenga, haced activa propaganda contra el alcoholismo y tendréis la seguridad de haber hecho un bien a nuestros semejantes y por lo tanto habréis hecho una obra buena.

Marciano Vera,

11 años (Lanús, F. C. S.)

DE TODO UN POCO

En las escuelas elementales de Suiza han sido establecidas, por la ley, las "fiestas del calor". Teniendo en cuenta el conocido hecho de que el cerebro no puede trabajar bien cuando el calor es excesivo, se cierran las clases cuando el termómetro llega a cierto punto.

El oxígeno constituye una tercera parte de la tierra firme, nueve décimas partes del agua y una quinta parte de la atmósfera, y es la más abundante de todas las

La agricultura sostiene a diez y nueve millones de habitantes del imperio alemán.

Granizo que causó una muerte

La fotografía nos presenta algunos de los granizos que cayeron durante una tormenta en Grahamtown, ciudad de la Colonia del Cabo. Eran mayores que huevos de gallina y causaron la muerte de una niña que volvía de la escuela a su casa. Con la granizada se rompieron más de cuatrocientos vidrios de ventanas y balcones y quedaron destrozadas muchas plantas.

Las extrañas costumbres de los Derviches Musulmanes, se mantienen tan místicas como en las primitivas Edades



Un niño árabe llevando una tableta sobre la que se ahn grabado los versículos del Coran

Los pueblos musulmanes sometidos al poderío de las potencias europeas presentan en estos momentos un espectáculo bien curioso, al esforzarse en asimilar una civilización extraña, con un resultado muchas veces feliz.

Numerosos musulmanes algerianos, tunecinos, marroquíes, etc., después de buenos estudios secundarios en los colegios y liceos de Europa, han conquistado plazas importantes en el ejército, y en la administración, y ejercen con talento la medicina, habiéndose hecho escuchar en el pretorio, y proporcionando sabios estimables. A pesar de ello no se les puede tachar de desarraigados, pues guardan intactas sus creencias, su fe en la virtud de la fórmula santa: "Alah es Alah, Mahoma su profeta". Su lealtad para los administradores de su país no les impide estar de corazón con la masa de sus compatriotas, para los cuales, hoy, como en los primeros siglos de la hégira, toda la sabiduría del mundo está encerrada en los versículos del Corán.

En las ciudades, en los burgos, en las mismas aldeas, la escuela primaria musulmana es floreciente. Un poco por todo, se puede ver niños rabes o kabilas llevando las tabletas en que son grabados los versículos del Corán (esas tabletas reemplazan a los libros clásicos), o bajo la dirección de un viejo, armado de la férula, la que no dejará de usar si el alumno es indócil, se lo ve estudiar los primeros elementos de la lengua materna.

Si el Islam toma, en la élite musulmana, la forma de una fe razonada, que tiende a amoldarse a la ciencia occidental, guarda en lo popular las formas supersticiosas o místicas de todas las religiones en sus primeras edades, y que el Islam ha tomado como el cristianismo y conservado hasta nuestros días.

Si los sabios doctores de las Universidades, los sutiles comentadores del Corán son honrados por los musulmanes, mucho más admirados son los santos personajes que se consumen en maceraciones, y por el efecto de la plegaria, el ayuno y las vigilias llegan a contemplar, en su éxtasis, el rostro de Alah.

El Islam no tiene Clero secular en el sentido que nosotros le entendemos; los "imans" y "muftis" no son intermediarios entre el hombre y la divinidad, sino presidentes del culto, doctores de la ley, teniendo a la vez sus monjes, sus ermitas, sus anacoretas, agrupados en potentes corporaciones religiosas, reunidos en sus conventos, en sus monasterios.

Los derviches son los más célebres. Fueron instituídos en el siglo XII por un filósofo místico, Djelal ed dine. En la actualidad se cuentan por millares, esparcidos por todo el mundo musulmán. Pero florecen, sobre todo, en Persia, en Siria, en el extremo Sur algeriano, regiones aun poco tocadas por la civilización occidental.

Teóricamente, viven en común en los conventos, bajo la autoridad absoluta de su cheickh. De hecho, yerran por los caminos de Asia y Africa, deteniéndose, aquí y allá, para dar al pueblo es espectáculo de sus piadosos ejercicios que les valdrán en el otro mundo, el acceso al paraíso de Mahoma, y en éste el óbolo de los fieles.

Los derviches están divididos en dos sectas principales: los giradores y los ahulladores. Los primeros se reunen en una sala redonda, alrededor de su cheikh, sentado sobre un tapiz. Después de saludar a su superior con una pronunciada prosternación, giran alrededor del tapiz sagrado, los ojos cerrados, los brazos en el aire, en una pose de imploración y de éxtasis.

Primero, lentamente, después poco a poco, más ligero; sus ropas amplias se inflan, describiendo alrededor de ellos un enorme círculo, levantándose como si fieran a elevarse en los aires... Verdaderos trompos humanos animados, de un movimiento giratorio vertiginoso, dan diez veces, veinte veces, cada vez más rápido, la vuelta del espacio consagrado. Una música infernal acompaña su danza.

—¿Por qué tanto ruido?—preguntó un viajero a uno de ellos. "Este ruido lo anuncia la trompeta del Juicio Final, son los timbales que suenan en el Valle de los muertos; este ruido es hecho para que los sordos oigan y los indiferentes reflexionen en Dios". Pronto los volteadores caen agotados, y su espíritu los conduce hacia Alah.

Muchos, entre ellos, han adquirido por esas prácticas y la absorción en una idea fija, una insensibilidad total. Sin que parezca que sufran, se horada el rostro, se cortan los labios, se pinchan a golpes de lanzas. El menor de sus ejercicios es regalarse carbones ardientes...

Antiguamente los santos derviches hacían milagros mucho más grandes; sus ejercicios coreográficos, sus piadosas meditaciones valía el favor particular de Alah, que los dotaba de una fuerza y de facultades sobrehumanas y les daba el poder de escapar a las leyes de la naturaleza.

Un derviche, enseñando a los niños de la escuela primaria musulmana

¿Se encontrará en la Patagonia el secreto de la historia del mundo?

A las muchas riquezas de orden material que la Argentina posee debemos agregar las que son puramente científicas y que constituyen una atracción para los aficionados a esta clase de estudios.

El profesor Riggs examinando los cráneos de monstruos hervibores que se suponen fueron destruídos por otros carníveros provenientes de la América del Norte

Desde este punto de vista, ocupamos un lugar privilegiado, porque su bajo suelo encierra tesoros prehistóricos, que desde hace mucho tiempo han atraído la atención de todos los sabios del mundo.

Es particularmente en el sur — en la lejana Patagonia — que han evolucionado los más extraños animales, pertenecientes al orden de los desdentados, cuyos tatus actuales son los últimos representantes degenerados, pero que alcanzaron en las postrimerías de la época terciaria en que vivieron alturas formidables, hasta cinco metros, por ejemplo entre los megaterios.

Los más extraños Los más extraños de todos eran sin duda los "clyntodontes". Presentaban éstos un efecto que no se encuentra en ningún otro mamífero pasado o actual: todo su cuerpo estaba envuelto de una potente caparazón hemisférica, formada de un gran número de piezas, pero soldadas tan estrechamente unas a los otras que todo el conjunto no formaba más que un bloque tan rígido como la escama de una tortuga. La talla de estos bizarros seres sobrepasaba los dos metros.

En esa región descubrió un sabio argentino: Ameghino, hombres fósiles, contemporáneos de estos raros animales, es decir, hombres de la edad terciaria, de los que no se sospechaba hasta entonces su existencia.

Con un criterio restringido se discutió demasiado este descubrimiento, influyendo no poco en ello absurdos prejuicios.

Si se agrega a esto que en estos mismos parajes fué señalada la presencia de grandes animales, vivos esta vez, pero recordando por su forma los gigantescos reptiles antediluvianos, se comprenderá el interés de los centros científicos enviando expedición tras expedición.

La última de estas misiones es la que acaba de ser dirigida, a través de la Patagonia, por cuenta del célebre Field Museum de Chicago, el capitán Marshall.

La busca de petróleo entraba en buena parte en el programa de la empresa. Pero esta investigación condujo al estudio de la geografía física y de la geología de la región. Esta última ciencia es solidaria de la paleontología, es decir, de la historia de los fósiles.

Resumiremos lo esencial.

En su conjunto, la planicie que recubre esa meseta, planicie escasa de hierbas, pertenece indudablemente a la época terciaria.

Es el período en que vivían los extraños desdentados a que hemos hecho alusión más arriba, y de los que se han encontrado esqueletos en gran número.

Pero mezclados a estos terrenos aparecen también rocas primitivas, mica, etc., provenientes de trituraciones violentas provocadas por el movimiento de potentes ventisqueros que en una época posterior han abrazado dichos materiales, abandonándolos al retirarse.

Fenómeno más notable aun, el aspecto de una gran parte de esta región nos prueba que el mar, antiguamente, se extendía en el lugar donde están hoy esas planicies. De manera que muchos lugares están recubiertos de sedimentos marinos.

Veamos una de nuestras fotografías. Ella presenta un aspecto de la costa occidental, vecina al puerto de Rivadavia, hacia el 46 grado de latitud. Desde su llegada los viajeros pudieron constatar el interés científico de la región que iban a recorrer. Esta escarpada, de casi doscientos metros de altura, está enteramente recubierta de residuos de conchas de moluscos polecypodos, parecidos a las ostras comestibles, pero de una especie desaparecida, que no han podido ser arrojadas por el movimiento de la marea, pues las olas debieron escalar una gran altura.

Fuera de estos rastros animales se puede ver que el suelo de esta colina es un suelo esencialmente marino.

Avanzando hacia el interior, la expedición debía encontrar un gran número de formaciones semejantes. Trataremos de extraer una conclusión de estos hechos: en una época dada y verdaderamente contemporánea del fin del período secundario — es decir, varios millones de siglos atrás — el suelo de una gran parte de la Patagonia actual se elevó del fondo del mar y permaneció emergido, dejando depósitos de vasos y conchas, mostrando sus antiguas payas, sus dunas de arena, sus costas marítimas, donde el movimiento de las últimas olas muertas en el fondo, de las edades está aun marcado.

Si bien los exploradores no encontraron monstruos prehistóricos vivos, recogieron, en cambio, fósiles de un interés menos sensacional, pero que aportan preciosas enseñanzas.

Nos confirman esta especialización tan característica de la fausa sudamericana y nos revelan sobre la historia del globo detalles que se agregan con una fuerza singular a los que precedentemente habíamos obtenido.

Cuando la Patagonia que nos ocupa, no era más que una isla perdida en el seno de un vasto océano, los primeros mamíferos hacían su aparición.

Entre ellos se encontraban esos bizarros desdentados de los que hablábamos al principio y que a raíz de las variaciones geológicas su raza no pudo propagarse.

Pero ellos no estaban solos. Mientras los vertebrados, en el resto del mundo, se desarrollaban en un cierto sentido y según ciertas leyes que les eran comunes, los de la América meridional constituían grupos a parte, que seguían otra dirección.

Los unos y los otros debían tener un origen común, pero cuando las comunicaciones fueron cortadas, siguieron cada uno su ruta.

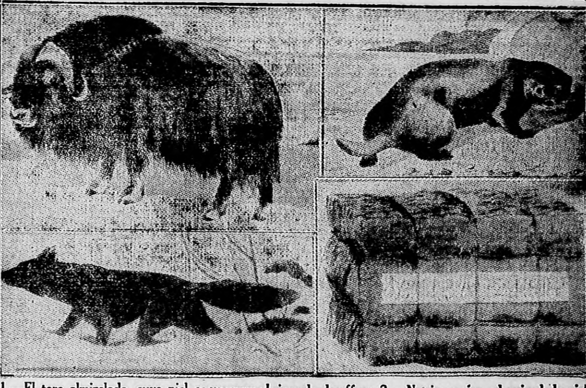
Veamos sobre otra fotografía, los dos cráneos que examina con toda atención el profesor Riggs, y que no se encontrarían en ninguna otra parte fuera de la Patagonia, muy diferentes por cierto de los de los animales de la misma región.

Todos estos animales sudamericanos eran herbívoros, los desdentados comprendidos, y fué la edad de oro para ellos, pues los carnívoros brillaban por su ausencia. Fué en la época cuaternaria que las dos América se reunieron, éstos últimos invadieron el sur, destruyendo las especies indígenas que reemplazaron de otra manera.

En fin, en épocas mucho más lejanas aún, vivían en esas regiones monstruosos reptiles que el antiguo continente ha conocido también. Eran famosos dinosaurios de los cuales el Diplocodus era uno de los representantes del norte. Por otra fotografía donde aparecen los huesos de uno de esos gigantes podemos juzgar el asombro de los excursionistas.

Esperemos aun otros descubrimientos que quizás fijen a nuestra América su situación de cuna de la humanidad.

¿Saben quienes usan las pieles, las dificultades que han sido menester salvar para traerlas?



1.—El toro almizclado, cuya piel se usa para abrigos de chauffeur. 2.—Nutria marina, el animal de piel más cara. 3.—Zorro plateado. 4.—Un fardo de pieles, listo para la exportación

¿Saben las mujeres, al hacer de las ricas pieles marco de su belleza, de dónde ha sido preciso traerlas y qué dificultades ha habido que salvar para buscarlas? ¿Saben cómo se obtienen y cómo llegan hasta el escaparate del peletero? ¿Saben sobre todo, el gran número de seres, en su mayor parte inofensivos, que anualmente se sacrifican a la vanidad femenina? Como lo más probable es que, por lo menos en su mayor parte, lo ignoren, no está de más decírselo, en la seguridad completa de que ha de parecerles éste el más interesante y trascendental capítulo de la zoología aplicada.

También los hombres apreciamos las pieles ricas cuando constituyen el forro de un buen gabán o adoptar la forma de un abrigo de "chauffeur", y aunque así no fuera, no puede olvidarse que muchos de los grandes descubrimientos en las regiones boreales, los hizo el hombre al correr tras los animales de piel fina.

Es, en efecto, axiomático entre los que a la industria de las pieles se dedican, que cuanto más al norte está un país y más helado es su clima, tanto más fino es el vellón de los animales que en él se crían. De los países del norte vienen tres de las pieles que ahora están más en boga; el skunk, el renard y el armiño, y de las mismas regiones procede el visón, tan de moda hace un par de años.

Skunk es el nombre que los norteamericanos dan al animalejo comunmente llamado mofeta en los libros de historia natural. Se trata de una alimaña del tamaño de una marta, y de formas un tanto parecidas a la de ésta, pero con la cola gruesa y poblada como la de un zorro, y el pelaje suave como terciopelo y negro como azabache, con dos anchas bandas de un blanco de nieve que se reunen hacia adelante y forman una gran mancha encima de la cabeza. Es un ser infinitamente más lindo que cualquiera de las otras alimañas, y también más inofensivo, puesto que sólo devora insectos, ranas, sapos, ratones y otros bichejos no menos desagradables. Unase esto a la belleza de su piel, y dígase si el skunk no parece un animal hecho expresamente para agradar a la mujer más sensible. Pero en el mundo todos tenemos nuestros defectos, y el del skunk consiste en la costumbre que tiene, cuando se ve perseguido, de vaciar de repente y a chorro, ciertas glándulas que posee debajo de la cola, rociando a su adversario con un líquido acre y mal oliente, junto al cual resulta la asafétida punto menos que un perfume sabeo.

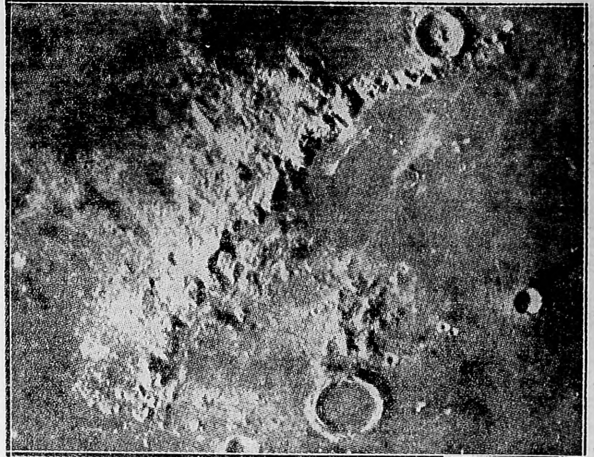
Hay skunks de menor tamaño, que tienen, en vez de dos, cuatro listas blancas sobre el fondo negro de su pelo; pero en cuanto a líquido defensivo y ofensivo nada tienen que envidiar a sus parientes.

Los armiños, que en la escala zoológica ocupan un puesto muy próximo a las mofetas, son tal vez, de los animales de piel fina, los más conocidos. Su níveo pelaje y el mechoncillo negro que termina su cola, y que constituye esa mosqueadura característica del forro de los mantos reales, son familiares para todo el mundo. Lo que probablemente ignorarán los lectores, es que este animalito no es exclusivamente morador de las regiones árticas; también los hay en la parte septentrional, en los Pirineos. Las pieles más lindas, sin embargo, vienen sólo de los países del norte, pues únicamente en ellos adquiere esta alimaña, en el invierno, su blancura característica. Los mejores armiños no son los del Canadá, sino los de Rusia y Siberia. La especie americana, o más bien las especies, pues hay tres o cuatro, ofrecen siempre en el pelaje, hacia la grupa, un matiz amarillento que le quita no poco de su belleza.

Una advertencia: el armiño es la piel que más se falsifica, sin referirse ya a esas pieles baratas, que se compran, para ir a la moda, por poco dinero; no. Aun en las mejores peleterías, una gran parte del armiño no es sino conejo blanco; el peletero es el primer engañado. En el armiño legítimo, los rabitos deben medir, todo lo más, once centímetros de longitud, y la porción negra de los mismos, debe ocupar de un tercio a una mitad, siendo, además, en ella el pelo algo más largo que en el resto de la piel, de modo que forme como un pincel o escobilla en la punta de la cola. En el Canadá, a orillas del Saskatchevan, se encuentran armiños que tienen la cola enteramente blanca. Esos son los que menos se falsifican, en primer lugar porque, como el consumidor está habituado a ver el mechoncillo negro, los peleteros dan poco aprecio a estas pieles que carecen de él, y además, porque el falsificador de pieles finas, lo primero de que se cuida al imitar el armiño, es de reproducir los tales mechoncillos.

En cuanto al "renard", este nombre que en francés significa simplemente "zorro", sirve, en peletería, para designar al zorro negro del Canadá, en tanto que se llama "renard bleu" al zorro ártico, que no tiene nada de azul, puesto que es pardo en verano y blanco como la nieve en invierno. El zorro negro o "renard", propiamente dicho, no es una especie particular, sino sólo un capricho de la naturaleza, un caso de mebinismo y que con mucha frecuencia afecta al zorro vulgar de la América Septentrional. El pelo, rojo en los ejemplares ordinarios, es, en los de ésta variedad, negro, con el extremo de la cola blanca y la puntita de cada pelo blanca también, pero de un blanco plata.

Viajeros de un Aparato Fantástico, Puede Verse la Luna a Menos de 3.000 Kilómetros

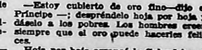


Los Apeninos lunares elevándose sobre las llanuras denominadas mar de los Vapores y de la Putrefacción

Mientras el estudio topográfico de la tierra acaba de contemplarse mediante el descubrimiento del Polo Sur, los exploradores de la Luna no han permanecido inactivos. Merced a los trabajos que ellos vienen realizando desde hace algunos años, se tiene hoy un conocimiento tan asombroso de nuestro satélite, que quizá no hubiera exageración en afirmar se encuentra más avanzado que el del globo en que habitamos.

Ultimamente, y con auxilio de la potentísima ecuatorial del Observatorio de París, inventada por el ilustre astrónomo Loewy, su no menos ilustre colega M. Le Morvan, ha obtenido una serie de fotografías que bien pudieran ser calificadas de maravillosas. Completan ellas, en efecto, los ya sorprendentes trabajos selenográficos de Loewy y Puiseux, en su atlas famoso, presentando diversos aspectos de la luna, en pruebas de una limpieza y una prolijidad de detalle jamás conseguidas hasta ahora. Las imágenes obtenidas por Le Morvan alcanzan un diámetro de 16 centímetros de suerte que ello permite al observador contemplar a nuestro satélite como si, viajero en un aparato fantástico cual los inventados por Wells y Julio Verne se meciese sobre la superficie de la luna, a 3000 kilómetros. Distancia de observación que aun se acorta en la práctica, pues siendo los negativos en extremo finos, admiten ampliaciones capaces de situar los grandes relieves lunares a menos de 450 kilómetros; distancia aproximada de Buenos Aires a Córdoba por ejemplo. Constituyen estas hermosas fotografías la nota de actualidad científica, y en la seguridad de que han de ser admiradas por nuestros lectores aficionados a estudios astronómicos, reproducimos varias de ellas en la presente página.

EL PRINCIPE FELIZ



En la parte más alta de la ciudad, sobre una columnita, se alzaba la estatua del Príncipe Feliz.

Estaba toda revestida de madreselva de oro fino. Tenía, a guisa de ojos, dos centellantes zafiros y un gran rubí rojo ardía en el puño de su espada.

Por todo lo cual era muy admirada.

—Es tan hermoso como una veleta — observó uno de los miembros del Concejo que deseaba granjearse una reputación de conocedor en arte.

—Ahora, que no es tan útil — añadió temiendo que le tomaran por un hombre poco práctico.

Y realmente no lo era.

—¿Por qué no eres como el Príncipe Feliz? — preguntaba una madre cariñosa a su hijito, que pedía la luna. — El Príncipe Feliz no hubiera pensado nunca en pedir nada a voz en grito.

—Me hace dichoso ver que hay en el mundo alguien que es completamente feliz — murmuraba un hombre fracasado, contemplando la estatua maravillosa.

—Verdaderamente parece un ángel — decían los niños hospicianos al salir de la Catedral, vestidos con sus soberbias capas escarlatas y sus bonitas chaquetas blancas.

—¿En qué lo conocéis? — replicaba el profesor de Matemáticas — si no habéis visto uno nunca?

—¡Oh! Los hemos visto en sueños — respondieron los niños.

Y el profesor de matemáticas fruncía las cejas, adoptando un severo aspecto, porque no podía aprobar que unos niños se permitiesen soñar.

Una noche voló una golondrinita sin descanso hacia la ciudad.

Seis semanas antes habían partido sus amigas para Egipto; pero ella se quedó atrás.

Estaba enamorada del más hermoso de los juncos. Lo encontró al comienzo de la primavera, cuando volaba sobre el río persiguiendo a una gran mariposa amarilla, y su talle esbelto la atrajo de tal modo, que se detuvo para hablarle.

—¿Quieres que te ame? — dijo la Golondrina, que no se andaba nunca con rodeos.

Y el junco la hizo un profundo saludo.

Entonces, la Golondrina revoloteó a su alrededor rozando el agua con sus alas y trazando estelas de plata.

Era su manera de hacer la corte. Y así transcurrió todo el verano.

—Es un enamoramiento ridículo — gorgojeaban las otras golondrinas. — Ese junco es un pobretón y tiene realmente demasiada familia.

Y en efecto, el río estaba todo cubierto de juncos.

Cuando llegó el otoño, todas las golondrinas emprendieron el vuelo.

Una vez que se fueron, su amiga sintióse muy sola y empezó a cansarse de su amante.

—No sabe hablar — decía ella. — Y además temo que sea inconstante porque coquetea sin cesar con la brisa.

Y realmente, cuantas veces soplaba la brisa, el junco multiplicaba sus más graciosas reverencias.

—Veo que es muy casero — murmuraba la Golondrina. — A mí me gustan los viajes. Por lo tanto, al que me ame, le debe gustar viajar conmigo.

—¿Quiéres seguirme? — preguntó por último la Golondrina al junco.

Pero el junco movió la cabeza. Estaba demasiado atado a su hogar.

—¡Te has burlado de mí! — le gritó la Golondrina. — Me marcho a las Pirámides. ¡Adiós!

Y la Golondrina se fué.

Voló durante todo el día y al caer la noche llegó a la ciudad.

—¿Dónde buscaré un abrigo? — se dijo.

Supongo que la ciudad habrá hecho preparativos para recibirme.

Entonces divisó la estatua sobre la columnita.

—Voy a cobijarme allí — gritó. — El sitio es bonito. Hay mucho aire fresco.

Y se dejó caer precisamente entre los pies del Príncipe Feliz.

—Tengo una habitación dorada — se dijo quedamente, después de mirar en torno suyo.

Y se dispuso a dormir.

Pero al ir a colocar su cabeza bajo el ala, he aquí que le cayó encima una pesada gota de agua.

—¡Qué curioso! — exclamó. — No hay una sola nube en el cielo, las estrellas están claras y brillantes, y sin embargo, llueve! El clima del norte de Europa es verdaderamente extraño. Al junco le gustaba la lluvia; pero en él era puro egoísmo.

Entonces cayó una nueva gota.

—¿Para qué sirve una estatua si no resguarda de la lluvia? — dijo la Golondrina. — Voy a buscar un buen copete de chimenea.

Y se dispuso a volar más lejos. Pero antes de que abriese las alas, cayó una tercera gota.

La Golondrina miró hacia arriba y vió... ¡Ah, lo que vió!

Los ojos del Príncipe Feliz estaban arrasados de lágrimas, que corrían sobre sus mejillas de oro.

Su faz era tan bella a la luz de la luna, que la Golondrinita sintióse llena de piedad.

—¿Quién sois? — dijo.

—Soy el Príncipe Feliz.

—Entonces, ¿por qué lloriqueáis de ese modo? — preguntó la Golondrina. — Me habéis empapado casi.

—Cuando estaba yo vivo y tenía un corazón de hombre — replicó la estatua —no sabía lo que eran las lágrimas porque vivía en el Palacio de la Despreocupación, en el que no se permite la entrada al dolor. Durante el día jugaba con mis compañeros en el jardín y por la noche bailaba en el gran salón. Alrdedor del jardín se alzaba una muralla altísima, pero nunca me preocupó lo que había detrás de ella, pues todo cuanto me rodeaba era hermosísimo. Mis cortesanos me llamaban el Príncipe Feliz y, realmente, era yo feliz, si es que el placer es la felicidad. Así viví y así morí. y ahora que estoy muerto me han elevado tanto, que puedo ver todas las fealdades y todas las miserias de mi ciudad, y aunque mi corazón sea de plomo, no me queda más recurso que llorar.

—¡Cómo! ¿No es de oro de buena ley? — pensó la Golondrina para sus adentros, pues estaba demasiado bien educada para hacer ninguna observación en voz alta sobre las personas.

—Allí abajo — continuó la estatua con su voz baja y musical, — allí abajo, en una callejuela, hay una pobre vivienda. Una de sus ventanas está abierta y por ella puedo ver a una mujer sentada ante una mesa. Su rostro está enflaquecido y ajado. Tiene las manos hinchadas y enrojecidas, llenas de pinchazos de la aguja, porque es costurera. Borda pasionarias sobre un vestido de raso que debe lucir, en el próximo baile de corte, la más bella de las damas de honor de la Reina. Sobre un lecho, en el rincón del cuarto, yace un hijito enfermo. Tiene fiebre y pide naranjas. Su madre no puede darle más que agua del río. Por eso llora. Golondrina, Golondrinita, ¿no quieres llevarla el rubí del puño de mi espada? Mis pies están sujetos al pedestal y no me puedo mover.

¿Por qué no eres como el príncipe feliz?

—Me esperan en Egipto — respondió la Golondrina. — Mis amigas revólotean de aquí para allá sobre el Nilo y charlan con los grandes lotos. Pronto irán a dormir al sepulcro del Gran Rey. El mismo Rey está allí en su caja de madera, envuelto en una tela amarilla y embalsamado con sustancias aromáticas. Tiene una cadena de jade verde pálido alrededor del cuello y sus manos son como unas hojas secas.

—Golondrina, Golondrina, Golondrinita — dijo el Príncipe, — ¿no te quedarás conmigo una noche y serás mi mensajera? ¡Tiene tanta sed el niño y tanta tristeza la madre !

—No creo que me agraden los niños — contestó la Golondrina. — El invierno, cuando vivía yo a orillas del río, dos muchachos mal educados, los hijos del molinero, no paraban un momento de tirarme piedras. Claro es que no me alcanzaban. Nosotras, las golondrinas, volamos demasiado bien para eso y además yo pertenezco a una familia célebre por su agilidad; más a pesar de todo, era una falta de respeto.

Pero la mirada del Príncipe Feliz era tan triste que la Golondrinita se quedó apenada.

—Mucho frío hace aquí — le dijo; — pero me quedaré una noche con vos y seré vuestra mensajera.

—Gracias, Golondrinita — respondió el Príncipe.

Entonces la Golondrinita arrancó el gran rubí de la espada del Príncipe y llevándolo en el pico, voló sobre los tejados de la ciudad.

Pasó sobre la torre de la Catedral, donde había unos ángeles esculpidos en mármol blanco.

Pasó sobre el Palacio Real y oyó la música de baile.

Una bella muchacha apareció en el balcón con su novio.

—¡Qué hermosas son las estrellas — la dijo — y qué poderosa es la fuerza del amor!

—Querría que mi vestido estuviese acabado para el baile oficial — respondió ella .— He mandado bordar en él unas pasionarias, ¡pero son tan perezosas las costureras!

Pasó sobre el río y vió los fanales colgados en los mástiles de los barcos. Pasó sobre el "ghetto" y vió a los judíos viejos, negociando entre ellos y pesando monedas en balanzas de cobre.

Al fin llegó a la pobre vivienda y echó un vistazo dentro. El niño se agitaba febrilmente en su camita y su madre habíase quedado dormida de cansancio.

La Golondrina saltó a la habitación y puso el gran rubí en la mesa, sobre el dedal de la costurera. Luego revoloteó suavemente alrededor del lecho, abanicando con sus alas la cara del niño.

—¡Qué fresco más dulce siento!—exclamó el niño.—Debo estar mejor.

Y cayó en un delicioso sueño.

Entonces la Golondrina se dirigió a todo vuelo hacia el Príncipe Feliz y le contó lo que había hecho.

—Es curioso—observó ella—;pero ahora casi siento calor y, sin embargo, hace mucho frío.

Y la Golondrina empezó a reflexionar y entonces se durmió. Cuantas veces reflexionaba se dormía.

Al despuntar el alba voló hacia el río y tomó un baño.

—¡Notable fenómeno!—exclamó el profesor de Ornitología que pasaba por el puente.—¡Una golondrina en invierno.!

Y escribió sobre aquel tema una larga carta a un periódico local.

Todo el mundo la citó. ¡Estaba tan plagada de palabras que no se podía comprender!...

—Esta noche parto para Egipto—se decía la Golondrina.

Y sólo de pensarlo se ponía muy alegre.

Visitó todos los monumentos públicos y descansó un gran rato sobre la punta del campanario de la iglesia.

Por todas partes adonde iba piaban los gorriones, diciéndose unos a otros.

—¡Qué extranjera más distinguida!

Y esto la llenaba de gozo. Al salir la luna volvió a todo vuelo hacia el príncipe Feliz.

—¿Tenéis algún encargo para Egipto? —le gritó—Voy a emprender la marcha.

—Golondrina, Golondrina, Golondrinita — dijo el Príncipe — ¿no te quedarás otra noche conmigo?

—Me esperan en Egipto—respondió la Golondrina.—Mañana mis amigas volarán hacia la segunda catarata. Allí el hipopótamo se acuesta entre los juncos y el Dios Memmón se alza sobre un gran trono de granito. Acecha a las estrellas durante toda la noche y cuando brilla Venus, lanza un grito de alegría y luego calla. A mediodía los rojizos leones bajan a beber a la orilla del río. Sus ojos son verdes aguas marinas y sus rugidos más atronadores que los rugido de la catarata.

—Golondrina, Golondrina, Golondrinita —dijo el Príncipe—,allá abajo al otro lado de la ciudad, veo a un joven en una mesa cubierta de papeles y en un vaso a su lado hay un ramo de violetas marchitas. Su pelo es negro y rizoso y sus labios rojos como granos de granada. Tiene unos grandes ojos soñadores. Se esfuerza en terminar una obra para el director del teatro, pero siente demasiado frío para escribir más. No hay fuego ninguno en el aposento y el hambre le ha rendido.

—Me quedaré otra noche con voz—dijo la Golondrina, que tenía realmente buen corazón. ¿Debo llevarle otro rubí?

—¡Ay! no tengo más rubíes—dijo el Príncipe—.Mis ojos es lo único que me queda. Son unos záfiros extraordinarios traídos de la India hace un millar de años. Arranca uno de ellos y lleváselo. Lo venderá a un joyero, se comprará alimentos y combustible y concluirá su obra.

—Amado Príncipe—dijo la Golondrina, —no puedo hacer eso.

Y se echó a llorar.

—¡Golondrina, Golondrina, Golondrinita!—dijo el Príncipe.—Haz lo que te pido.

Entonces la Golondrina arrancó el ojo del Príncipe y voló hacia la bohardilla del estudiante. Era fácil penetrar en ella porque había un agujero en el techo. La Golondrina entró por él como una flecha y se encontró en la habitación.

El joven tenía la cabeza hundida en sus manos. No oyó el aleteo del pájaro y cuando levantó la cabeza vió el hermoso záfiro colocado sobre las violetas marchitas.

—Empiezo a ser estimado—exclamó.—Esto proviene de algún rico admirador. Ahora ya puedo terminar mi obra.

Y parecía completamente feliz.

Al día siguiente la Golondrina voló hacia el puerto.

Descansó sobre el mástil de un gran navío y contempló a los marineros que sacaban enormes cajas de la cala tirando de unos cabos.

—¡Ah, iza!—gritaban a cada caja que llegaba al puente.

—¡Me voy a Egipto!—les gritó la Golondrina.

Pero nadie la hizo caso y al salir la luna volvió hacia el Príncipe Feliz.

—He venido para deciros adios — le dijo.

—¡Golondrina. Golondrina, Golondrinita—exclamó el Príncipe.—¿No te quedarás conmigo una noche más?

—Es invierno—replicó la Golondrina— y pronto estará aquí la nieve glacial. En Egipto calienta el sol sobre las palmeras verdes. Los cocodrilos, acostados en el barro, miran perezosamente a los árboles, a orillas del río. Mis compañeras construyen nidos en el templo de Baalbeck. Las palomas rosadas y blancas las siguen con los ojos y se arrullan. Amado Príncipe, tengo que dejaros, pero no olvidaré nunca y la primavera próxima os traeré de allá dos bellas piedras preciosas para sustituir las que disteis. El rubí será más rojo que una rosa roja y el záfiro será tan azul como el océano.

—Allá abajo, en la plazoleta—contestó el Príncipe Feliz—,tiene su puesto una niña vendedora de cerillas. Se le han caído las cerillas al arroyo, estropeándose todas. Su padre la pegará si no lleva algún dinero a casa y está llorando. No tiene ni medias ni zapatos y lleva la cabecita al descubierto. Arráncame el otro ojo, dáselo y su padre no la pegará.

—Pasaré otra noche con vos—dijo la Golondrina —,pero no puedo arrancaros el ojo porque entonces os quedaríais ciego del todo.

—¡Golondrina, Golondrina, Golondrinita—dijo el Príncipe —. Haz lo que te mando.

Entonces la Golondrina arrancó el segundo ojo del Príncipe y emprendió el vuelo llevándoselo.

Se posó sobre el hombro de la vendedorcita de cerillas y deslizó la joya en la palma de su mano.

—¡Qué bonito pedazo de cristal! —exclamó la niña.

Y corrió a su casa muy alegre.

Entonces la Golondrina volvió de nuevo hacia el Príncipe.

—Ahora estáis ciego. Por eso me quedaré con vos para siempre.

—No, Golondrina—dijo el pobre Príncipe—.Tienes que ir a Egipto.

—Me quedaré con vos para siempre— dijo la Golondrina.

Y se durmió entre los pies del Príncipe. Al día siguiente, se colocó sobre el hombro del Príncipe y le refirió lo que había visto en países extraños.

Le habló de los ibis rojos que se agitan en largas filas, a orillas del Nilo y pescan a picotazos peces de oro; de la Esfinge que es tan vieja como el mundo, vive en el desierto y lo sabe todo; de los mercaderes que caminan lentamente junto a sus camellos pasando las cuentas de unos rosarios de ámbar, en sus manos; del rey de la montañas de la luna, que es negro como el ébano, y que adora un gran bloque de cristal; de la gran serpiente verde que duerme en una palmera y a la cual están encargados de alimentar con pastelitos de miel veinte sacerdotes; y de los pigmeos que navegan por un gran lago sobre anchas hojas aplastadas y están siempre en guerra con las mariposas.

—Querida Golondrinita—dijo el Príncipe—,me cuentas cosas maravillosas, pero más maravilloso aun es lo que soportan los hombres y las mujeres. No hay misterio más grande que la miseria. Vuela por la ciudad, Golondrinita, y dime lo que veas.

Entonces la Golondrinita voló por la gran ciudad y vió a los ricos que se festejaban en sus magníficos palacios, mientras los mendigos estaban sentados a sus puertas.

Voló por los barrios sombríos y vió las pálidas caras de los niños que se morían de hambre, mirando con apatía las calles negras.

Bajo los arcos de un puente estaban acostados dos niñitos abrazados uno a otro para calentarse.

—¡Qué hambre tenemos!—decían.

—¡No se puede estar tumbado aquí!— les gritó un guardia.

Y se alejaron bajo la lluvia.

Entonces la Golondrina reanudó su vuelo y fué a contar al Príncipe lo que había visto.

—Estoy cubierto de oro fino—dijo el Príncipe —; desprendelo hoja por hoja y dáselo a los pobres. Los hombres creen siempre que el oro puede hacerles felices.

Hoja por hoja arrancó la Golondrina el oro fino hasta que el Príncipe Feliz se quedó sin brillo ni belleza.

Hoja por hoja lo distribuyó entre los pobres y las caritas de los niños se tornaron nuevamente sonrosadas y rieron y jugaron por la calle.

—¡Ya tenemos pan! — gritaban.

Entonces llegó la nieve y después de la nieve el hielo.

Las calles parecían empedradas de plata por lo que brillaban y relucían.

Largos carámbanos, semejantes a puñales de cristal, pendían de los tejados de las casas. Todo el mundo se cubría de pieles y los niños llevaban gorritos rojos y patinaban sobre el hielo.

La pobre Golondrinita tenía frío, cada vez más frío, pero no quería abandonar al Príncipe: le amaba demasiado para hacerlo.

Picoteaba las migas a la puerta del panadero cuando éste no la veía, e intentaba calentarse batiendo las alas.

Pero, al fin, sintió que iba a morir. No tuvo fuerzas más que para volar una vez sobre el hombro del Príncipe.

—¡Adiós, amado Príncipe — murmuró. — Permitid que os bese la mano.

—Me da mucha alegría que partas por fin para Egipto, Golondrinita—dijo el Príncipe. Has permanecido aquí demasiado tiempo. Pero tienes que besarme en los labios porque te amo.

—No es a Egipto adonde voy a ir— dijo la Golondrina.—Voy a ir a la morada de la Muerte. La Muerte es hermana del Sueño ¿verdad?

Y besando al Príncipe Feliz en los labios, cayó muerta a sus pies.

En el mismo instante, sonó un extraño crujido en el interior de la estatua como si se hubiera roto algo.

El hecho es que la coraza de plomo se había partido en dos. Realmente hacía un frío terrible.

A la mañana siguiente, muy temprano, el alcalde se paseaba por la plazoleta con los concejales de la ciudad.

Al pasar junto al pedestal, levantó los ojos hacia la estatua.

—¡Dios mío—exclamó.—¡Qué andrajoso parece el Príncipe Feliz!

—¡Sí, está verdaderamente andrajoso! —dijeron los concejales de la ciudad, que eran siempre de la opinión del alcalde.

Y levantaron ellos también la cabeza para mirar la estatua.

—El rubí de su espada se ha caído y ya no tiene ojos, ni es dorado—dijo el alcalde.—En resumidas cuentas, que está lo mismo que un pordiosero.

—¡Lo mismo que un pordiosero!—repitieron a coro los concejales.

—Y tiene a sus pies un pájaro muerto —prosiguió el alcalde.—Realmente habrá que promulgar un bando prohibiendo a los pájaros que mueran aquí.

Y el secretario del Ayuntamiento tomó nota de aquella idea.

Entonces fué derribada la estatua del Príncipe Feliz.

—¡Al no ser ya bello, de nada sirve! —dijo el profesor de Estética de la Universidad.

Entonces fundieron la estatua en un horno y el alcalde reunió al Concejo en sesión para decidir lo que debía hacerse con el metal.

—Podíamos—propuso—hacer otra estatua. La mía, por ejemplo.

—O la mía—dijo cada uno de los concejales.

Y acabaron disputando.

—¡Qué cosa más rara!—dijo el oficial primero de la fundición.—Este corazón de plomo no quiere fundirse en el horno; habrá que tirarlo como deshecho.

Los fundidores lo arrojaron al montón de basura en que yacía la golondrina muerta.

—Tráeme las dos cosas más preciosas de la ciudad—dijo Dios a uno de sus ángeles.

Y el ángel le llevó el corazón de plomo y el pájaro muerto.

—Has elegido bien—dijo Dios.—En mi jardín del Paraíso este pajarillo cantará eternamente, y en mi ciudad de oro el Príncipe Feliz repetirá mis alabanzas.

"En la parte más alta de la ciudad, sobre una columnita..."

LA MANO DEL EXPRESO

En el rápido que va de Londres a Yale viajaba Carlos Suvillan; un libro de anatomía sostenían sus manos, y absorto en la lectura de éste, el joven estudiante de medicina, no se dió cuenta de que el tren iba a penetrar en un túnel. De pronto la obscuridad más completa lo envolvió y sintió que algo le caía sobre el libro, mientras un líquido le salpicó el rostro... Una pitada de la locomotora anunció el final del túnel y Suvillan dirigió la vista al libro, allí se encontraba una mano humana cercenada por un instrumento cortante.

Paralizado por el terror, se levantó del asiento y se limpió la cara, a la cual habían salpicado varias gotas de sangre; luego tomó el libro juntamente con aquel despojo humano y lo arrojó por la ventanilla. Se encontraba solo en el vagón.. Una ráfaga de aire penetró por la ventanilla y Carlos vió un papelito que acababa de ser arrancado del asiento por el aire, lo tomó. "Esta noche a las 12 morirás", era el contenido de éste.

Suvillan resolvió no dar parte a la policía. Llegado a Yale se encaminó a una armería y adquirió un revólver, luego fué derecho a la casa de pensión donde vivía; eran las 9 de la noche.

Se encerró en su cuarto. dando dos vueltas a la llave y colocando el revólver sobre la mesa escritorio; abrió un libro y esperó con los oídos atentos.

Pasaron los minutos. luego las horas y el reloj de la iglesia cercana dejó sentir doce lúgubres campanadas.

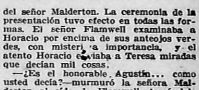
De pronto se apagó la luz, Carlos permaneció inmóvil en el asiento. Al minuto se volvió a iluminar la pieza y Suvillan se vió rodeado por varios enmascarados.

Antes de que pudiera tomar el revólver, ya dos de éstos lo habían tomado por los hombros. Uno de ellos, que blandía una cachiporra, se acercó y levantando la maza la dejó caer con fuerza sobre el estudiante; éste trató de esquivar el golpe, pero era tarde, el arma dió con fuerza en su cráneo, un golpe terrible, y el suelo fué regado por un chorro de sangre y partículas de sesos...

Carlos Suvillan despertó impresionado todavía por el sueño; delante de él se encontraban cinco compañeros de la Facultad, uno de ellos conservaba en las manos la almohada con que había descargado el golpe fatal, unas cuantas plumas de ésta flotaban por el aire.

Roberto Zavalía Matienzo,

HORACIO SPARKINS



—Sí, amigo mío, durante la última velada se ha mostrado muy deferente con Teresa — dijo la señora Maldertón, dirigiéndose a su marido que, después de la fatigosa jornada en la ciudad, sentado en un sillón, cubierta la cabeza con un gorro y los pies apoyados en la chimenea, saboreaba a pequeños sorbos un vaso de Oporto. Entiendo que debemos alentar sus intenciones y que no podemos prescindir de invitarlo a comer.

—¿Invitar a quién? — preguntó el señor Malderton.

—Ya sabes de quién hablo, amigo; del joven de patillas negras y corbata blanca, que asistió por primera vez a nuestra reunión y del que todas las chicas se hacen lenguas. El joven... ¡Dios mío! ¡Ya no me acuerdo de su nombre! ¿Cómo se llama, Mariana? — continuó la señora Malderton, volviéndose a la más joven de sus hijas, que estaba ocupada en bordar una bolsa mientras vagaban por el vacío sus lánguidas miradas.

—Horacio Sparkins, mamá — contestó suspirando Mariana.

—Sí, esto es; Horacio Sparkins — dijo la señora Malderton. Indudablemente es el más perfecto caballero que he conocido. Llevaba la otra tarde un traje de corte tan perfecto, que se asemejaba a... a...

—Al príncipe Leopoldo, mamá... ¡Con una nobleza, con una expresión de sentimiento!... — continuó Mariana con entusiasta admiración.

—No debemos olvidar, amigo mío — repuso la señora Malderton — que Teresa tiene ya veintiocho años y que es necesario tomar una resolución.

La señorita Teresa Malderton era pequeñita, regordeta, de mejillas coloradas y aspecto de franco buen humor; no se casaba por más que por su parte ponía todos los medios. La señorita Malderton era tan conocida como el león que hay encima de Northumberland-House y tenía tantas probabilidades como él de cambiar de posición y estado.

—Estoy segura de que te resultará simpático — continuó la señora Malderton. ¡Tiene tan buen aspecto!

—¡Es tan elegante! — agregó Mariana.

—¡Su lenguaje es tan distinguido! — exclamó Teresa.

—¡Y habla de ti tan respetuosamente, amigo mío!... — dijo la señora Malderton a su marido.

El señor Malderton tosió y miró al fuego.

—Sí, tiene muchos deseos de conocer a papá — dijo Mariana.

—¡Ah! ¡Sí! — repitió Teresa, haciéndose eco de su hermana.

—Confidencialmente me ha indicado el deseo de serte presentado — dijo la señora Malderton.

—Está bien, está bien — respondió el señor Malderton, enorgullecido; si lo veo mañana en la reunión, quizás lo invite. Supongo que debe ya saber que habitamos en Oak-Lodge, en Camberwell.

—Es claro. Sabe también que tienes caballo y cabriolé.

—En fin, ya veremos — dijo el señor Malderton, disponiéndose a echar la siesta.

El señor Malderton era uno de esos hombres cuyo horizonte intelectual está limitado por el Lloyd's, la Bolsa, India-House y la Banca. Felices negocios le habían elevado de una posición obscura y bastante mediana, a una situación casi opulenta. Como generalmente sucede en estos casos, sus ideas y las de su familia habían seguido el movimiento ascendente de su fortuna; gustaban de seguir la moda, el buen tono y otras locuras para imitar a los que estaban por encima de ellos, y profesaban un pronunciado horror hacia todo lo ordinario y bajo. El señor Malderton era hospitalario por ostentación y repleto de prejuicios por vanidad. Muy personal, muy amante del lujo, gustaba de tener mesa excelente y bien servida; las conveniencias y el amor a los buenos bocados llevaban a su casa gran número de invitados; le agradaba verse rodeado durante las comidas de personas de talento o que él consideraba como a tales, para poder luego hablar de sus relaciones con ellos; pero no podía sufrir a los que llamaba los graciosos. Tal vez este sentimiento procedía de sus ideas para con sus dos hijos, que en este concepto no disgustaban a sus padres. Los Malderton ambicionaban trabar conocimientos, hacer amistades en esfera superior a la en que ellos se movían y este deseo, unido a la completa ignorancia de cuanto no se moviese en su estrecho círculo, tenía como consecuencia lógica la de facilitar el acceso a Oak-Lodge-Camberwell a quien pudiese proporcionarse una recomendación de un personaje noble o de alto rango.

La aparición de don Horacio Sparkins entre los habituales de la reunión de la señora Malderton y sus hijas, había despertado todas las curiosidades. ¿Quién podía ser? ¿Sería un abogado? Decía que no había estudiado Derecho; pero hablaba con mucha facilidad y elegancia y hablaba mucho. ¿Sería un distinguido extranjero de los que vienen a Inglaterra a estudiar el país, las costumbres, los usos y frecuentan las grandes recepciones, las grandes veladas, los grandes bailes, para familiarizarse con la "high-life", con la etiqueta y el refinado ceremonial de los ingleses? Pero su acento no era extranjero. ¿Quizás era médico, colaborador de revistas, de magazines de moda, autor de novelas de éxito, artista? No, a cada una de estas suposiciones se oponía una objeción atinada.

—De cualquier modo — decía todo el mundo — es alguien.

—Indudablemente — dijo el señor Malderton — ya que comprende la superioridad de nuestra posición y nos tiene tantos miramientos.

El siguiente día de esta escena, era día de reunión. Un coche de dos caballos paróse ante la puerta de Oak-Lodge a las nueve en punto. Las dos señoritas Malderton vestían trajes de seda azul celeste y la señora Malderton, que era una mujer pequeña y rechoncha (su hija mayor multiplicada por dos), llevaba un vestido parecido al de sus hijas. Federico Malderton, el mayor de los hijos, en traje de gran etiqueta, representaba el bello ideal de un mozo de restaurant, y Tomás Malderton, el hijo menor, con su corbata blanca, su traje azul, sus botones relucientes y la cinta roja del reloj, se parecía al retrato de ese joven loco llamado Jorge Barnwell. Cada uno de los miembros de la familia había acordado cautivar la atención de don Horacio Sparkins. La señorita Teresa, naturalmente, se había propuesto mostrarse tan amable, tan seductora como deben serlo las jovencitas de veintiocho años ante la expectativa de un marido. La señora Malderton sólo le reservaría sus más graciosas sonrisas. La señorita Mariana le rogaría que escribiese unos versos en su álbum. El señor Malderton acogería bajo su protección al insigne desconocido, invitándole a comer. Tom tenía también su misión: la de discutir discretamente acerca del tabaco. Por lo que se refiere a Federico Malderton, la autoridad de la familia sobre todos los puntos delicados, estaba convencido de que Horacio Sparkins debía ser un notable jugador de billar y que le honraría aceptando su invitación.

¿Invitar a quién?—preguntó el señor Malderton...

La primera persona que las miradas de la impaciente familia encontraron a su entrada en el salón de baile, fué al interesante Horacio que, con los cabellos levantados para descubrir la frente y los ojos bajos, estaba sentado en una de las sillas más visibles e inclinado hacia atrás.

—Ahí lo tienes, querido — dijo por lo bajo la señora Malderton al señor Malderton.

—¡Cómo se parece a lord Byron! — murmuró Teresa.

—¡O a Montgomery! — dijo por lo bajo Mariana.

—¡O a los retratos del capitán Cook! — observó Tom.

—Tom, no digas tonterías — gruñó el señor Malderton, que no desperdiciaba ocasión de dar a comprender a su hijo que no era gracioso, observación, por otra parte, perfectamente inútil.

El elegante Sparkins había adoptado una actitud que debía producir admirable efecto y continuó guardándola hasta que la familia hubo cruzado el salón. Levantóse entonces con aspecto de natural sorpresa y alegría, fuése al encuentro de la señora Malderton con la más extremada cordialidad, y saludó a las señoritas de un modo encantador, inclinóse ante el señor Malderton con respeto rayano en veneración y correspondió a los saludos de los hijos con complacencia y cierto aire de protección, que les dió la certeza de que debía ser un personaje importante y atento.

—Señorita Malderton — dijo después de los cumplidos de rúbrica, inclinándose ante ella —, ¿puedo confiar en que me dispensará usted el honor?...

—Creo que eso no me compromete a nada — dijo Teresa, esforzándose en demostrar indiferencia —; pero es demasiado...

Horacio adoptó un delicioso aspecto de desesperación.

—En fin, acepto — dijo por fin Teresa, con afectada sonrisa.

Serenóse el rostro del caballero como un sombrero que adquiere nuevo brillo.

—Es muy simpático este muchacho — dijo el señor Malderton al ver tomar parte en el rigodón a su hija y al cumplido caballero.

—Tiene urbanidad y buen tono — dijo Federico.

—Es un tipo de primera—añadió Tom, que usaba siempre un lenguaje especial—; es elocuente como un subastador.

—Tom—dijo el padre solemnemente—, creo que te he rogado muchas veces ya que no dijeses estupideces.

Tom presentaba el aspecto de un gallo sacudiendo sus plumas al amanecer.

—¡Qué felicidad—decía el interesante Horacio a Teresa mientras la acompañaba dando una vuelta por el salón, después de la última figura del baile—, qué felicidad, qué tranquila dicha poder desembarazarse de las nubes tempestuosas, de las vicisitudes y cuidados de la vida, aunque sólo sea por breves momentos, y en estos cortos ratos disfrutar de la encantadora compañía de la que puede dar la muerte con una mirada, cuya frialdad puede enloquecer, cuya perfidia sería seguida de inevitable ruina, cuya constancia aseguraría un eterno bienestar y cuya simpatía vendría a ser la más brillante, la más hermosa recompensa que el cielo pudiera conceder a un hombre!

—¡Qué derroche de sentimiento!—pensó Teresa, apoyando algo más fuertemente su brazo en el de su caballero.

—Pero, basta, basta—añadió Sparkins con postura teatral—. ¿Qué es lo que he dicho? ¿Qué tienen de común tales sentimientos conmigo?

Y haciendo una pausa prosiguió:

—¿Puedo esperar que me sea permitido ofrecer mi humilde tributo?...

—¡Ya lo creo, señor Sparkins!—interrumpió Teresa, confusa y avergonzándose—. Pero es preciso que hable usted a papá. Yo no puedo, sin su consentimiento, aventurarme a...

—No se opondrá, seguramente...

—No lo conoce usted—dijo Teresa, que aunque sabía que no había que temer nada por aquel lado, deseaba dar a la conversación un giro novelesco.

—No encuentro que haya nada de particular... en que... ofrezca a usted un vaso de "regus".

—¿Esto es todo?—pensó Teresa, despechada—. ¡Cuánta conversación para nada!

—Me agradaría mucho verle a usted el domingo próximo en mi comida, en Oak-Lodge-Camberwell, a las cinco, si no tiene usted otra invitación que se lo prive—dijo el señor Malderton, al terminar la velada y acabar la conversación que sostenía con Horacio Sparkins.

Horacio saludó respetuosamente y aceptó.

—Debo confesar a usted—continuó el padre, ofreciendo su petaca abierta a su nuevo comensal—que estas reuniones no me producen la satisfacción que las de nuestro confortable—iba a decir lujoso—Oak-Lodge. Estas tienen más atractivo para un hombre de mi edad.

—Después de todo, ¿qué es el hombre? —dijo Sparkins con aire metafísico—, ¿qué es el hombre?

—Indudablemente — dijo Malderton —, indudablemente.

—Sabemos que vivimos, que respiramos—continuó Horacio—, que tenemos necesidades, deseos, apetitos...

—Ciertamente — interrumpió Federico Malderton, fijando en él una escrutadora mirada.

—Sabemos que existimos—repitió Horacio, alzando la voz—; pero esto es todo: existe un límite a nuestros conocimientos, un horizonte a nuestras facultades, un punto culminante de nuestro destino. ¿Qué sabemos más allá?

—Nada—contestó Federico, el único capaz de sostener tan trascendental conversación.

Tom se disponía a arriesgar una observación, pero por fortuna para su reputación hallóse con la severa mirada de su padre y quedóse mudo como un perrito descubierto en flagrante delito de robo.

—A fe mía—dijo el mayor de los Malderton al marchar de nuevo a su casa en coche—, este Sparkins es admirable. ¡Qué seguridad de conocimientos, qué talento y qué luminosidad y limpieza en la expresión de sus grandes ideas!

—Estoy segura de que es algún personaje que observa la sociedad guardando el incógnito—dijo Mariana—. Su encuentro tiene todo el encanto de una aventura novelesca.

—Habla muy elevado—observó tímidamente Tom—, pero no entiendo nada de lo que dice.

—Tom—dijo el padre, todavía bajo la impresión de las palabras de Horacio Sparkins—, creo que tu inteligencia es completamente obtusa.

—Me parece, Tom—dijo Teresa—, que has estado muy ridículo esta noche.

—Indudablemente, indudablemente — convino toda la familia al unísono.

Y el pobre Tom se acurrucó en el fondo del carruaje, reduciéndose cuanto pudo.

La misma noche, antes de acostarse, el señor y la señora Malderton discurrieron largamente sobre el porvenir de su hija y los acuerdos que era preciso tomar en consecuencia. La señorita Teresa retiróse a su cuarto reflexionando si, en caso de que se casase con un título, podría dignamente continuar frecuentando la sociedad conocida en casa de su padre; y toda la noche soñó nobles disfrazados, dilatados viajes, regalos de boda y a Horacio Sparkins.

En la mañana del domingo, se emitieron distintas suposiciones sobre la manera que emplearía el visitante, con tanta impaciencia esperado, para trasladarse a Camberwell, que estaba bastante alejado de Londres. ¿Vendría en coche, a caballo o en "stage-coach"? Estas conjeturas y otras no menos importantes ocuparon el pensamiento de la señora Malderton y el de sus hijas antes y después de la misa.

—Me contraría en gran manera que tu hermano, que es tan ordinario, se haya convidado hoy—dijo el señor Malderton a su esposa—. Ya que el señor Sparkins vendrá a comer, quiero invitar a Flamwell. Me resulta verdaderamente intolerable que venga tu hermano, un tendero, a comer, y me molestará en grado extremo si le da por hablar de su tienda ante nuestro invitado. Preferiría perder mil libras. No me importaría mucho si tuviese suficiente talento para ocultar lo que tanto molesta a su familia, pero está tan pagado de sí mismo y de su comercio que no se cansará de repetir quién es y lo que hace.

El señor Jacobo Barton, cuñado del señor Malderton, era droguero al por mayor, pero tan ordinario, tan falto de toda noción de don de gentes, que no tenía escrúpulo ninguno en confesar que no deseaba ser tenido por más de lo que era y que había hecho su fortuna vendiendo cirios, como todo el mundo podía comprobar.

—¡Hola, querido Flamwell!, ¿cómo está usted?—dijo el señor Malderton, tendiendo la mano a un hombre bajito, con anteojos verdes—. ¿Ha recibido usted mi tarjeta?

—Sí, y aquí me tiene usted.

—¿Conoce usted al señor Sparkins, usted que conoce a todo el mundo?

El señor Flamwell era uno de esos hombres que frecuentan la sociedad, tienen relaciones inmensamente extendidas, pretenden conocer a todo el mundo y en realidad no conocen a nadie. Era el favorito de casa Malderton, donde todas las historias del gran mundo eran acogidas ávidamente y, por otra parte, sabiendo con quién trataba, con audacia inaudita se vanagloriaba de sus relaciones con toda la Inglaterra y el continente. Tenía un modo particular de dar a conocer sus observaciones bajo la forma de paréntesis sin comprometer su opinión personal.

—No, no lo conozco, por lo menos bajo este nombre—contestó Flamwell en voz baja—, pero estoy seguro de que debo conocerlo. ¿Es alto?

—De estatura mediana—dijo Teresa.

—¿Cabellos negros?—interrogó Flamwell, arriesgando esta atrevida suposición.

—Sí—apresuróse a decir Teresa.

—¿Un poco chato?

—No—dijo Teresa descorazonada—; tiene nariz aguileña.

—Quise decir de nariz aguileña—continuó Flamwell—. ¿Es elegante?

—Muy elegante.

—Maneras muy distinguidas.

—Sí, sí—dijeron todos a coro—. Lo conoce usted, sin duda.

—¡Claro, por fuerza tiene usted que conocerlo!—repitió Malderton, con aire triunfante—. Estaba yo bien seguro de ello, desde el momento en que es "alguien". ¿Quién le parece a usted que es?

—Según la descripción que ustedes me hacen—dijo Flamwell, bajando la voz y con matiz misterioso—, se parece mucho al honorable Agustín Fitz-Edward Fitz-Jhon Fitz-Osborne. Es un joven muy rico, pero algo excéntrico. Es muy probable que haya cambiado momentáneamente de nombre con cualquier objeto.

El corazón de Teresa latía con violencia. ¡Oh, si fuese el honorable Agustín Fitz-Edward Fitz-John Fitz-Osborne! ¡Qué hermoso nombre para grabarlo elegantemente en dos tarjetas mate unidas por una cinta azul! ¡El honorable don Agustín Fitz-Edward Fitz-John Fitz-Osborne! Estaba loca de alegría.

—Son ya las cinco menos cinco—dijo el señor Malderton, mirando su reloj—. Confío en que no se hará esperar.

—¡Ya está aquí!—exclamó la señorita Teresa.

Sonaron dos golpes en la puerta. Todos se esforzaron en tomar la actitud que se adopta siempre cuando se espera un visitante, cual si se ignorase su llegada.

Abrióse la puerta del salón.

—El señor Bartón—dijo el criado.

—¡El diablo cargue con él!—murmuró el señor Malderton—. ¿Cómo está usted, querido amigo? ¿Qué nos cuenta usted de nuevo?

—¿Yo? Nada—dijo el droguero con su flema acostumbrada—. Nada de particular. Buenos días a todos. ¡Ah! señor Flamwell, buenos días. ¿Cómo vamos?

—Ya está aquí el señor Sparkins—dijo Tom, que miraba por la ventana.— ¡Viene a caballo! ¡Un caballo negro! ¡Un animal magnífico!

Era, en efecto, Horacio, sobre un gran corcel negro, que hacía saltar y caracolear como un artista del circo de Astley. Después de una serie de revueltas el caballo consintió en pararse a cien pasos de la puerta. El señor Sparkins echó pie a tierra, confiando su montura al groom del señor Malderton. La ceremonia de la presentación tuvo efecto en todas las formas. El señor Flamwell examinaba a Horacio por encima de sus anteojos verdes, con misteriosa importancia, y el atento Horacio enviaba a Teresa miradas que decían mil cosas.



"Un coche de dos caballos, paróse delante de la puerta..."

—¿Es el honorable Agustín... como usted decía?—murmuró la señora Malderton al oído de Flamwell, tomándole el brazo, para que la condujese al comedor.

—No... No es él... no lo es—dijo con su tono autoritario—. No es precisamente él...

—¿Pues, quién es?

—¡Psé!—dijo Flamwell misteriosamente, y dando a comprender que, aunque lo conociera muy bien, no podía, por graves razones de Estado, divulgar tan importante secreto. Parecía que se tratase de un ministro que sondeara secretamente la opinión pública.

—Ruego a usted, señor Sparkins, que separe a estas señoritas. John, coloque una silla para el señor entre las señoritas Teresa y Mariana.

Estas palabras dirigíanse a un criado que ordinariamente desempeñaba las funciones de palafrenero y jardinero, pero que, en aquella circunstancia y por lo que era necesario aparentar a los ojos del señor Sparkins, había sido engalanado con una corbata blanca, zapatos de charol y cepillado y peinado a propósito para representar el papel de ayuda de cámara.

La comida fué excelente; Horacio mostróse muy atento para con Teresa y todo el mundo estaba satisfecho, a excepción del señor Malderton que, conociendo la debilidad de su cuñado, el señor Barton, sufría esa especie de angustia que, según los periódicos, se sufre en la proximidad de una taberna cuyo mozo se ha ahorcado en el granero y que "es más fácil imaginarla que describirla".

—¿Ha visto usted recientemente a su amigo sir Tomás Noland?—preguntó el señor Malderton, no sin dirigir una mirada de soslayo a Horacio para ver el efecto producido por la enunciación del nombre de tan gran personaje.

—No, hace ya bastante tiempo. A quien ví anteayer fué a lord Gubbleton.

—¿Y, está bien Su Señoría?—dijo Malderton con marcado interés.

—Sí, sí, anda bien, por ahora. Es un hombre con el que se puede contar. Lo encontré en la Cité y hablamos largamente. Ya sabe usted que somos íntimos. No pude permanecer con él todo el tiempo que hubiera querido, porque tenía hora dada a mi banquero, uno de los mejores financieros y miembro del Parlamento. Ya sabe usted que también es amigo mío.

—Sé a quién se refiere usted—contestó el anfitrión, tan ignorante como el mismo Flamwell de la importancia financiera y de las relaciones del banquero—. Dicen que realiza negocios colosales.

Esto era tocar un punto peligroso.

—A propósito de negocio—interrumpió el señor Barton, desde el otro extremo de la mesa—. Un señor a quien conociste mucho en otro tiempo, Malderton, entró el otro día en nuestra tienda...

—Barton—interrumpió el dueño de la casa—, hágame el favor de servirme una patata.

—Con mucho gusto—contestó el droguero, sin comprender la intención de su cuñado, que esperaba dar otro giro a la conversación—; y aquel señor decía...

—Le ruego que la escoja harinosa—interrumpió nuevamente Malderton, temiendo el fin del sucedido y queriendo evitar la repetición de la palabra "tienda".

—Decía—digo—continuó el culpable, luego de servir la patata en el plato que se le presentaba—, decía: "¿Qué tal van los negocios?—¡Jé! ¡Jé!—respondí bromeando—como acostumbro—, no me considero nunca mejor de lo que valgo, ni me coloco por encima de mis negocios y espero, por tanto, qué mis negocios no estarán nunca por encima de lo que puede alcanzar. ¡Já! ¡Já!

—Señor Sparkins—dijo Malderton, tratando en vano de disimular su cólera—, un vaso de vino...

—Con mucho gusto.

—A su salud.

—A la suya.

—El otro día hablábamos — continúo Malderton, dirigiéndose a Horacio, tanto para dar ocasión a su comensal de lucir su talento, como para poner fin a las historias del droguero — ... hablábamos el otro día de la naturaleza del hombre. Quedé sorprendido de los argumentos de usted.

—Yo también — dijo Federico.

Horacio inclinó graciosamente la cabeza.

—El hombre — arguyó Horacio — tanto si recorre las extensas llanuras bañadas por ardiente sol, sonrientes y floridas, cual un segundo Edén, como si va por las regiones más estériles y desnudas, y aun las banales, a las que nos vemos obligados a acostumbrarnos en nuestros tiempos, el hombre, en toda circunstancia y en todas partes, ya se encorve bajo los fríos de la zona glacial, o se vea aplastado por los terribles rayos que, cual dardos, le envía el sol de la zona tropical, el hombre sin la mujer, viviría... solo...

—Me felicito de que profese usted opiniones tan rectas, señor Sparkins — dijo la señora Malderton.

—Y yo también — añadió Teresa.

Horacio contestó con una mirada que hizo enrojecer a la joven.

—Mi opinión es.. — empezó el señor Barton.

—Sé lo que va usted a decir... — interrumpió Malderton, decidido a no dejar intervenir a su pariente —, Y he de confesar que no soy de su parecer. Lamento no poder ir de acuerdo con usted en este punto — continuó el anfitrion, cual si combatiese una teoría enunciada por su cuñado —, mas no aprobaré nunca lo que considero como una doctrina monstruosa...

—Yo quise decir...

—No me convencerá usted nunca — replicó Malderton obstinadamente.

—Y yo, por mi parte, — dijo Federico, tomando el ataque por su cuenta —, no puedo asentir absolutamente al parecer del señor Sparkins.

—¡Cómo! — exclamó Horacio usando un lenguaje aun más metafísico y aumentando su dialéctica desde que veía a la parte femenina del auditorio escucharle maravilada —. ¡Cómo! ¿El efecto es consecuencia de la causa? ¿La causa es precursora del efecto?

—Esta es la cuestión — dijo Flamwell.

—Sin ninguna duda — dijo Malderton.

—Luego, si el efecto es consecuencia de la causa y la causa precede al efecto, siento decirle que está usted equivocado — añadió Horacio.

—Evidentemente — dijo Flamwell.

—Por lo menos sostengo que mi de-

(Continúa en la pág. 6)

CASA EN VENTA

Encima de la puerta, una puerta de madera mal unida que dejaba que se mezclase, en un gran intervalo, la arena del jardinillo y el polvo de la carretera, se había colgado hacía mucho tiempo un cartelito, inmóvil al sol del verano, agitado y sacudido por el viento otoñal y en que se leía: "Casa en venta", lo cual parecía decir también casa abandonada, a juzgar por el silencio que reinaba alrededor.

Sin embargo, alguien habitaba allí. Una humareda tenue y azulada que salía de la chimenea de ladrillo que asomaba por encima de la pared, delataba una existencia escondida, discreta y triste como el humo de aquel fuego pobre y raquítico. Luego, a través de las tablas carcomidas y mal unidas, en lugar del abandono, del vacío, de ese aire que precede y anuncia una venta, una partida, se veían alamedas muy alineadas, cenadores perfectamente redondos, las regaderas cerca de la balsa y los utensilios de jardinero arrimados a la casita. Esta no era más que una casa de aldeano, equilibrada en terreno pendiente por una escalerilla que situaba el lado de la sombra en el primer piso y el del mediodía en la planta baja. Por esta parte se hubiese dicho que era un invernadero. Había campanas de cristal apiladas en los escalones, macetas de flores vacías, boca abajo y otras ordenadas en hilera, con geranios y verbenas en la arena caliente y blanca. Por lo demás, aparte de dos o tres plantíos grandes el jardín estaba completamente soleado. Arboles frutales podados de varias formas y un poco deshojados, fresales, grandes matas de guisantes, y en medio de todo aquello, en aquel orden y aquella calma, un viejo con sombrero de paja, que circulaba todo el día por las alamedas, regando en las horas frescas, cortando y podando las ramas y la hierba saliente.

El viejo no conocía a nadie en el país. Exceptuando el carruaje del panadero que se paraba en todas las puertas de la única calle del pueblecillo, no recibía jamás ninguna visita. De vez en cuando, algún transeunte, en busca de uno de esos terrenos en declive que son todos muy fértiles y hacen encantadoras praderas, se detenía para llamar al ver el cartel. De momento la casa permanecía sorda. Al segundo campanillazo un ruido de zuecos se aproximaba lentamente desde el fondo del jardín y el viejo entreabría la puerta con aspecto furioso, y exclamaba:

—¿Qué es lo que quiere usted?

—¿Está en venta la casa?

—Sí—respondía el hombre a regañadientes—; sí, se vende, pero le advierto a usted que piden mucho por ella.

Y su mano, siempre dispuesta a cerrarla, atrancaba la puerta. Con la vista despedía al visitante, pues sus ojos le miraban colérico y permanecía allí, guardando como un dragón sus cuadros de legumbres y el pequeño patio enarenado. Entonces las gentes proseguían su camino, preguntándose con qué maniático se las habían y qué locura era aquella de poner en venta la casa, con deseo tal de conservarla.

Este misterio me lo expliqué yo. Un día que pasaba por la referida casa, oí voces animadas, el ruido de una discusión.

—Es preciso vender, papá, hay que vender... así lo prometió usted...

Y la voz del viejo, respondió toda temblorosa:

—¡Pero, hijos míos, si yo no deseo otra cosa que vender! ¿Para qué, si no, había de haber colocado el cartel en la puerta?

De este modo supe que eran sus hijos, sus nueras, modestas tenderas de París, los que le obligaban a deshacerse de aquel rincón tan querido para él.

¿Por qué razón? Lo ignoro, pero lo único que hay de cierto es que aquéllos empezaban a encontrar algo pesada la cosa y a partir de aquel día volvieron todos los domingos para hostigar al infeliz y obligarle a mantener su promesa. Desde la carretera, en ese gran silencio del domingo, en que hasta la misma tierra descansa de haber sido labrada, sembrada toda la semana, oía yo todo aquello perfectamente. Los tenderos hablaban, discutían con el mayor acaloramiento, y la palabra dinero sonaba seca en aquellas voces agrias como las tejas cuando chocan entre sí. Por la tarde se iba todo el mundo, y cuando el pobre hombre había dado algunos pasos en el camino para acompañarlos, retornaba rápidamente y cerraba de nuevo el gran portalón, feliz porque tenía una semana de reposo por delante. Durante ocho días la casa volvía a su silencio acostumbrado. En el jardinillo, abrasado por el sol, no se oía más que el ruido de la arena aplastada por las pisadas del anciano o el rumor del rastrillo igualando el terreno.

Sin embargo, cada semana que pasaba el viejo se veía más atormentado, más acorralado. Los tenderos empleaban todos los medios. Para seducirle le llevaban los nietos.

—Ya verá usted, abuelito —le decían—; cuando se venda la casa se vendrá usted a vivir con nosotros. ¡Y todos juntos seremos felices!

Por todos lados había conciliábulos, paseos sin fin a través de las alamedas, cálculos hechos en alta voz. Una vez oí a una de las hijas que gritaba:

—¡La barraca no vale ni cien sueldos! Sólo sirve para echarla a tierra, para derribarla.

El viejo escuchaba sin decir nada. Se hablaba de él como si se hubiese muerto, de su casa como si estuviese ya en tierra. Y encorvado, iba, con lágrimas en los ojos, buscando por costumbre una rama que podar, una fruta que arreglar, al paso; estaba tan agarrada su vida a aquel pedazo de tierra, que no hubiera tenido jamás la fuerza de arrancarse de ella. En verano, cuando maduraban esos frutos un poco ácidos que sienten el verdor del año, las cerezas, las grosellas, se decía:

—Esperemos la recolección... Una vez terminada, venderé, irremisiblemente.

Pero hecha la recolección, pasadas las cerezas, le tocaba el turno a las peras, luego a las uvas y después de las uvas a esos hermosos nísperos pardos que se cogen bajo la nieve. Entonces llegaba el invierno. El campo estaba desnudo, el jardín vacío. Menos transeuntes, menos compradores y hasta menos visitas domingueras de los tenderos. Tres grandes meses de reposo para preparar la siembra, podar los árboles frutales, al mismo tiempo que el cartel inútil se balanceaba sobre la carretera, vuelto del revés por la lluvia y el viento.

A la larga, impacientes y persuadidos de que el viejo hacía cuanto podía para alejar a los compradores, los hijos adoptaron un gran partido Una de las nueras se fué a vivir con él, una verdadera tendera, emperifollada desde el amanecer y que verdaderamente tenía ese aire agradable, falsamente amable y dulce, esa obsequiosidad propia de la gente acostumbrada al comercio. Parecía que era la dueña de la carretera. Abría de par en par las puertas, hablaba fuerte, sonreía a los transeuntes, como queriéndoles decir:

—¡Vamos, pase usted se vende la finca!

Aquello era no darle tregua al viejo. Algunas veces, intentando olvidar que la tenía allí, cavaba los cuadros, los volvía a sembrar de nuevo, como esas personas, próximas a morir, que les gusta hacer proyectos para engañar sus temores. La tendera le perseguía, le atormentaba sin cesar, casi impidiéndole trabajar.

—¡Bah! — le decía. — ¿Pero qué hace usted? ¿Para qué se toma tanta molestia por los que vengan?

El no respondía y apretaba en su faena, con testarudez singular. Dejar su jardín en el abandono, hubiera sido perderle ya un poco, empezar a desprenderse de él. Ni las alamedas tenían una brizna de hierba ni los rosales un tallo seco.

Esperando, esperando, no se presentaban los compradores. Era el tiempo de la guerra y la mujer, a pesar de tener la puerta abierta y mirar con buenos ojos a los transeuntes, no conseguía otra cosa que sufrir desencantos y que el polvo de la carretera penetrante en el interior. De día en día se tornaba más agria la señora. Sus negocios de París la reclamaban. Yo la oía colmar de reproches a su suegro, tener con él escenas desagradables y furibundas, golpear las puertas. El viejo agachaba la cabeza sin decir nada y se consolaba viendo crecer los guisantes. Y siempre en el mismo sitio el cartel: "Casa en venta".

*
* *

... Este año, al llegar al campo he vuelto a ver la casa, pero ¡oh sorpresa! ya no estaba el cartel. A lo largo de las paredes había anuncios rotos, desgarrados, sucios por la acción del tiempo. Estaba visto: se había vendido la casa. En vez del gran portalón gris una puerta verde, recién pintada, con un frontis arqueado, se abría por una verja que dejaba ver el jardín. No era ya el campo que he descrito, sino un baturrillo burgués de canastillos, macizos y cascadas, que se reflejaban en una gran bola de metal que se balanceaba delante de la escalinata. En aquella bola las alamedas formaban cordones de flores chillonas y dos figuras voluminosas se destacaban, agrandadas: un hombre grueso y colorado, sudando a chorros, embutido en una silla rústica y una enorme dama sofocada, que gritaba, blandiendo una regadera:

—¡He vaciado catorce en las balsaminas!

Se había levantado un piso y renovado la empalizada; y en aquel rinconcito reconstruído de nuevo, sintiéndose todavía el olor de la pintura, un piano ejecutaba escandalosamente cancanes conocidos y polcas de los bailes públicos. Esos aires de danza que caían sobre la carretera y daban calor al oirse, mezclados a la gran polvareda de julio, aquel ruido de flores grandes, de gruesas damas, aquella alegría desbordante y trivial me oprimieron el corazón.

Pensé en el pobre anciano que se paseaba por allí tan dichoso, tan tranquilo; y me lo figuraba en París con su sombrero de paja y su espalda encorvada de viejo jardinero, errante en el fondo de alguna trastienda, aburrido, tímido, deshecho en lágrimas, mientras su nuera triunfaba en un mostrador nuevo, donde sonaban los escudos de la casita.

Alfonso Daudet

HORACIO SPARKINS

(Continuación de la pág. 5)

ducción es justa y lógica — dijo Sparkins, manteniendo su tono interrogativo.

—No hay duda — repitió Flamwell — esto zanja la cuestión.

—En efecto — confesó Federico —; es posible; de momento no me parecía así.

—¡Qué habilidad! — dijo por lo bajo la señora Malderton a su hija conduciéndola al salón.

—¡Es encantador! — exclamaron las dos jóvenes —. Habla como un oráculo. Debe conocer bien los secretos de la vida.

Quedáronse solos los caballeros. Hubo un silencio, durante el cual cada uno de los asistentes se mantuvo grave, cual si tuviese profundo conocimiento de lo importante de la discusión. Flamwell que estaba ansioso por conocer quién, era en realidad el señor Horacio Sparkins, rompió el silencio diciendo:

—Dispense usted; sospecho que ha estudiado usted derecho. Yo tuve también deseos de estudiarlo. Conozco a muchos abogados eminentes. ¿Sería usted acaso compañero suyo?

—No... no — dijo Horacio ligeramente turbado.

—¿Pero usted habrá tenido sin duda muchos asuntos con la gente de toga? — interrogó Flamwell.

—Muchos, muchos. He empleado en ellos casi toda mi vida.

Todo quedaba explicado a los ojos del señor Flamwell.

—Yo no querría ser abogado — dijo Tom abriendo por primera vez la boca y paseando su mirada por toda la mesa, cual si buscase alguien que se opusiese a su objeción.

Nadie contestó.

—No quisiera en modo alguno — dijo Tom, arriesgando esta segunda observación.

—Tom, haz el favor de no ponerte en ridículo — dijo el padre —. Escucha y aprovecha la conversación que oyes y no nos interrumpas con absurdas observaciones.

—Bueno — replicó el infortunado Tom, que no había dicho una palabra desde que a las cinco y cuarto pidió una segunda tajada de buey, y eran ya las ocho.

—Perfectamente — observó el tío interviniendo —. Yo pienso como tú. Nò quisiera tampoco ser abogado. Prefiero el mostrador.

El señor Malderton tuvo un violento acceso de tos.

—Pues cuando un hombre quiere parecer más de lo que es... — continuó el señor Barton.

La tos empezó de nuevo con más violencia todavía, no cesando hasta que el que inconscientemente la provocara olvidó por completo lo que quiso decir.

—Señor Sparkins — dijo el señor Flamwell, volviendo a la carga —. ¿Conoce usted, por ventura al señor de la Fontaine, de Bedford Square?

—He tenido ocasión de enviarle mi tarjeta y de recibir la suya. Por otra parte, le he servido en algunas ocasiones — respondió Horacio coloreándose lijeramente, no dudando de haberse traicionado al hacer esta confesión.

—Es usted dichoso por haber podido prestarle algún servicio, pues es uno de nuestros más importantes personajes — hizo notar Flamwell con profundo respeto.

—No sé quién es — murmuró en confidencia al señor Malderton, mientras acompañaban a Horacio al salón —. Sin embargo está claro como la luz que pertenece al foro o a la magistratura, que es "alguien" y que tiene muy buenas relaciones.

—Sin duda, sin duda — añadió su compañero.

El resto de la velada transcurrió deliciosamente. El Malderton, libre ya de sus temores, gracias al profundo sueño en que cayera el señor Barton, fué lo más amable y gracioso posible. Teresa tocó la pieza de moda; el señor Sparkins confesó que la ejecutaba magistralmente y ambos, acompañados de Federico, cantaron infinidad de tríos, con lo que descubrieron que sus voces armonizaban a las mil maravillas. A decir verdad, los tres cantaron la propia parte y Horacio, sobre la desventaja de no tener oído no conocía una nota. No por esto pasaron el tiempo menos agradablemente y era más de media noche cuando el señor Sparkins hizo ensillar el caballo, deseo al que no se quizo acceder hasta que se obtuvo la promesa de renovar la visita el próximo domingo.

—A menos que el señor Sparkins quiera honrarnos mañana por la noche — dijo la señora Malderton —. El señor Malderton quiere llevar a sus hijas a ver la pantomima.

El señor Sparkins inclinóse y convino en encontrarse el día siguiente por la noche en el palco 48.

—No pedimos a usted que venga por la mañana — dijo Teresa con una voz encantadora —; mamá quiere llevarnos de compras y ya sé que los caballeros profesan horror a esta ocupación.

El señor Sparkins inclinóse de nuevo y declaró que aquello sería su gusto, pero que un negocio importante le ocuparía la mañana.

Flamwell miró a Malderton de un modo significativo.

—Es la apertura de la sesión — murmuró.

Al día siguiente por la mañana, el carruaje con dos caballos esperaba en la puerta de Oak-Lodge, para conducir a la señora Malderton y a su hija a West End. Comerían y se arreglarían en casa de una amiga, para encontrarse en el teatro al levantarse el telón. Lleváronse el traje en el carruaje y el cochero recibió la orden de conducirlas a casa de Jones Spruggins and Smith, en Tottenham Court Road, donde querían realizar algunas compras; desde allí se dirigirían a casa de Redmayne, en Bond Street y luego a infinidad de sitios, de los que no habían oído hablar. Las jóvenes entretuvieron el hastío del camino elogiando a don Horacio y reprochando a su madre que les hiciera dar tantos rodeos para ahorrar unos chelines. Por fin el vehículo se paró ante una tienda de miserable apariencia, de un comerciante de novedades, cuyas mercancías se mostraban todas con sus corespondientes etiquetas y cuyo aparador estaba lleno de ropas en pieza y retales de todas medidas. Era el "capharnaüm" de lo barato. Veíanse allí números enormes hidrópicos, indicando los chelines y otros mucho más reducidos marcando los peniques, estos últimos escondidos en las esquinas y perfectamente invisibles al pronto; trescientos cincuenta mil cuellos de piel para señora, desde un chelín a penique y medio; botas de cabritilla a dos chelines y nueve peniques el par; sombrillas verdes, a "precios inverosímiles" y "toda clase de artículos" vendidos, según los propietarios del almacén, a un "cincuenta por ciento por bajo los precios corrientes".

—¡Dios mío, mamá! ¿dónde nos ha traído usted? — murmuró Teresa — ¿Qué diría el señor Sparkins si nos viera?

—¡Oh, sí! ¿Qué diría? — repitió Mariana, a la que esta sola idea horripilaba.

—Siéntense ustedes señoras. ¿Qué es lo que desean ustedes? — murmuró el ceremonioso dueño del establecimiento.

Llevaba corbata blanca anudada y tenía le aspecto de 'un mal retrato de gentleman", de la galería de Somerset House.

—Quisera ver sedas — contestó la señora Malderton.

—Al momento, señora... ¡Smith!... ¡eh! ¡Smith! ¿Dónde está usted?

—Aquí, señor — gritó una voz que salía del fondo de la tienda.

—Dése prisa, Smith. Nunca se le encuentra a usted cuando se le necesita.

El señor Smith, invitado en esa forma a andar diligente, saltó con lijereza por sobre el mostrador para ahorrar tiempo, y apareció ante los clientes.

La señora de Malderton, lanzó un grito; Teresa, que estaba hablando con su hermana, levantó la cabeza y vió a... ¡Horacio Sparkins!

Como dicen los novelistas "correremos un velo" sobre la escena que siguió. El misterioso, filosófico, novelesco y metafísico Sparkins, el que para Teresa, la interesada en el asunto, parecía representar el ideal de los jóvenes duques y de los refinados con bata azul y pantuflas ídem, aquel cuya imagen había visto en ssu lecturas y en sus sueños, y que no encontrara en nadie hasta entonces, se había transformado de improviso en un señor Samuel Smith, aprendiz de una tienda de saldos que aun quizás no contaba tres semanas de existencia. La desaparición del héroe de Oak-Lodge, tan inopinadamente reconocido, podría solamente compararse a la huída de un perro con una enorme cacerola atada a la cola. Todas las esperanzas de los Malderton se desvanecían cual se funde la nieve o como los caramelos de limón en una comida de etiqueta. Las probabilidades de boda perdíanse en un horizonte más lejano que el polo norte y a Teresa le resultaba tan difícil encontrar marido, como al capitán Ross el descubrimiento del paso del nordeste.

Muchos años han transcurrido después de esta horrible mañana. Las margaritas han florecido repetidas veces en el parque de Camberwell: los jilgueros han repetidos sus canciones primaverales en el bosque de Camberwell; pero las señoritas Malderton no se han casado aun. La situación de Teresa es más desesperada que nunca: no obstante Flamwell sigue en zénit de la reputación, y la familia conserva las mismas predilecciones por los personajes aristocráticos y siente una aversión más y más marcada hacia todo lo "bajo".

Elocuentes en su mutismo, las grutas habitaciones son vestigios, en Méjico, de una civilización que murió antes de que llegaran los españoles



1.— Las ruinas de una gruta habitación. — 2.— Hornos de las grutas habitaciones

Méjico, quizás más que ningún otro país de la América, ofrece al viajero numerosas curiosidades de interés histórico, arqueológico y general; pero pocas de ellas cautivan tanto la imaginación como las antiguas ruinas de las grutas-habitaciones de Casas Grandes, estado de Chihuahua, a 150 millas al sudoeste de El Paso, Texas. Son aquellas misteriosas ruinas los vestigios, elocuentes en su mutismo, de una civilización que pereció antes de la llegada de los españoles.

De ellas se ocupa Mr. A. Hooton Blackistone en un artículo publicado recientemente en la revista "Travel", de Nueva York. La descripción que el autor hace de las ruinas es muy gráfica y va ilustrada con magníficos grabados, algunos de los cuales se reproducen en este número. Pero para dar a nuestros lectores una idea más aproximada de las habitaciones que nos ocupan, extractaremos lo que acerca de ellas dice el famoso explorador noruego Lumholtz en su obra "El Méjico desconocido", magistralmente vertida al castellano por el renombrado escritor y diplomático mejicano señor Balbino Dávalos.

Las cavernas que contienen las habitaciones referidas se hallan en el Valle de las Cuevas, que no es sino el ensanche de un largo y profundo cañón por donde corre el río de Piedras Verdes. Como su nombre lo indica, tiene muchas cuevas en la capa feldespática que cubre aquella región. Su anchura es de menos de media milla, y su suelo, bueno, fértil y margoso. Hermosas espesuras de pinos, encinas, cedros y arces lo rodean, convirtiéndolo en mansión ideal para gente pacífica y sencilla. En lo alto del río, sobre el costado occidental del cañón, se encuentra una gran cueva, que es la que contiene las ruinas principales, y una curiosa estructura a manera de cúpula que a considerable distancia resalta a la vista, destacándose de la entrada. Es fácil subir a la caverna por una pendiente que asciende de la parte sur; la boca es como de 80 pies de ancho por 100 de alto, pero la bóveda va inclinándose rápidamente hacia atrás hasta la mitad de esa cultura. Detrás y a los lados se extiende un pueblecito o agrupación de habitaciones, y aunque la luz alcanza a alumbrar el exterior de todas ellas, la mayor parte de los cuartos deben haber estado siempre en la oscuridad más completa. Todavía se sostienen algunas paredes como de 6 pies. Las piezas, no obstante ser pequeñas, no son del todo estrechas, y algunas casas tienen sótanos. Toda la superficie del techo de la caverna se ve fuertemente ahumada. Por las huellas que quedan aún en las piedras, puede inferirse que se había construído un segundo piso hacia el centro de la gruta, el que sólo puede tener 5 pies de alto. Prueban además dichas huellas, según Lumholtz, el hecho importante de que el segundo piso estaba construído a manera de terraza, como a 4 pies dentro del frente del piso de sustentación. Evidentemente la cueva estuvo habitada por muy largo tiempo, pues las casas muestran reformas y adiciones. Durante su visita a aquellas habitaciones el doctor Lumholtz consiguió desenterrar objetos cuyo número ilustra admirablemente acerca de la cultura del antiguo pueblo a que pertenecieron; entre otras cosas, encontró agujas y punzones de hueso, una pieza completa de madera con taladro para sacar fuego, tejidos de mimbre recubiertos de médula de piñón, petales y ceñidores, hilos de fibra, etc.

Al otro lado del río están las cuevas sepulcrales, que los habitantes de las grutas destinaran para morada de sus muertos. Las excavaciones que en ellas llevó a cabo el explorador noruego le dieron inmejorables resultados.

Un poco de botánica

TREBOL

Esta planta suele cultivarse para foraje. Las abejas apetecen mucho las flores y las semillas gustan mucho a las aves. Las semillas dan un tinte amarillo y las flores lo dan verde.

Es buen pasto para el ganado y en algunas partes se cultiva con este objeto, especialmente el trébol llamado de los prados, que da hasta cuatro cosechas anuales y dura tres años. Es muy abundante en España.

MEMBRILLERO

Arbol que se cultiva en Europa desde tiempos antiquísimos. Lineo lo asimiló al peral. El fruto de este árbol, llamado membrillo, que es muy astringente, se emplea para preparar el jarabe de su nombre, mermeladas, pastas y jaleas carne de membrillo y un licor de mesa. La madera se usa en tornería. El árbol es a propósito para formar setos y vallados y en muchas partes lo destinan a este objeto. En el membrillero pueden injertarse toda clase de perales.

CANAMO

Planta herbácea de tallos derechos, hojas partidas, flores pequeñas; fruto pequeño, llamado "cañamón". Las fibras del cáñamo se emplean para la fabricación de tejidos, cuerdas, alpargatas, etc.

Los cañamones se usan para comida de varias especies de pajarillos y para extraer un aceite que se utiliza en las artes.

y algunos la recomiendan en el tratamiento de la hidropesía. Se cultiva en los jardines y ofrece la particularidad de que abre sus flores, que son rojas o amarillas, por la noche y en tiempo nublado y las tiene marchitas de día en tiempo sereno.

El enano que cupo en un pastel

Se puede llegar a ser un grande hombre sin necesidad de ser un hombre muy grande, y prueba de ello son algunos enanos que sin más mérito que el de su pequeña estatura, han llegado a hacerse célebres. Uno de los más famosos fué el inglés Godofredo Hudson, cuyo retrato, que por muchos años figuró en el Palacio de Saint James, ha sido recientemente colocado en la Galería Nacional de Retratos de Londres. Godofredo Hudson nació en 1619, y muy niño todavía, entró al servicio de los duques de Buckingham. Era entonces tan pequeño, que de él se cuenta el siguiente sucedido, al parecer ocurrido poco antes de ocupar aquella posición: cierto pariente suyo, habiendo sabido que una vecina, vieja chismosa, locuaz y enredadora como pocas, había convidado secretamente a algunas comadres a una fiesta íntima en que se había de murmurar del prójimo, se apoderó furtivamente de su gato, llamado por ella Rutterkin, lo mató, le quitó la piel y cubrió con ella al enanito Godofredo, a quien colocó en un rincón de la sala donde habían de reunirse las convidadas. Cuado la comida tocaba a su fin, una de las comadres, viendo al supuesto gato, le ofreció un pedazo de queso. "Gracias, contestó Godofredo dentro de su piel; cuando Rutterkin tiene hambre sabe servirse él mismo". Y esto diciendo, salto ligeramente sobre la mesa. Las pobres comadres se levantaron y huyeron, dando gritos de espanto.— "¡Es una bruja!" — exclamaban en su asombro.— "¡Es una hechicera! ¡Tiene un gato que habla!"

Pero la más famosa aventura de la juventud de nuestro enano ocurrió cuando el rey Carlos I, a raíz de su matrimonio, fué con su joven esposa a pasar unos días en el castillo de los duques de Buckingham, que en su honor dispusieron una serie de suntuosísimas fiestas. En una de las comidas oficiales que en tal ocasión dieron, fué servido Godofredo en la mesa dentro de un pastel, de donde salió vestido de caballero y armado de punta en blanco. Entonces fué presentado y ofrecido por la duquesa a la reina Enriqueta María, que lo aceptó y tomó a su servicio en calidad de paje. Más tarde, el rey armó caballero al enano; pero el placer que semejante honor pudiera ocasionarle se vió amargado por las burlas de que era blanco.



Godofredo Hudson

El Gigante Egoista

Todas las tardes, al volver del colegio, tenían los niños la costumbre de ir a jugar al jardín del gigante.

Era un gran jardín solitario, con un suave y verde césped. Brillaban aquí y allí lindas flores sobre el suelo y había doce melocotoneros que, en primavera, se cubrían con una delicada floración blanquirrosada y que, en otoño, daban hermosos frutos.

Los pájaros posados sobre las ramas cantaban tan deliciosamente, que los niños interrumpían habitualmente sus juegos para escucharlos.

—¡Qué dichosos somos aquí! — se decían unos a otros.

Un día volvió el gigante. Había ido a visitar a su amigo el ogro de Cornualles, residiendo siete años en su casa. Al cabo de los siete años dijo todo lo que tenía que decir, pues su conversación era limitada, y decidió regresar a su castillo.

Al llegar, vió a los niños que jugaban en su jardín.

—¿Qué hacéis ahí? — les gritó con voz agria.

Y los niños huyeron.

—Mi jardín es para mí solo — prosiguió el gigante. — Todos deben entenderlo así y no permitiré que nadie que no sea yo, se solaze en él.

Entonces le cercó con un alto muro y puso el siguiente cartelón:

> QUEDA PROHIBIDA LA ENTRADA BAJO LAS PENAS LEGALES CORRESPONDIENTES

Era un gigante egoísta.

Los pobres niños no tenían ya sitio de recreo.

Intentaron jugar en la carretera; pero la carretera estaba muy polvorienta, toda llena de agudas piedras, y no les gustaba.

Tomaron la costumbre de pasearse una vez terminadas sus lecciones, alrededor del alto muro, para hablar del hermoso jardín que había al otro lado.

Entonces llegó la primavera y en todo el país hubo pájaros y florecillas.

Sólo en el jardín del gigante egoísta continuaba siendo invierno.

Los pájaros, desde que no había niños, no tenían interés en cantar y los árboles olvidábanse de florecer.

En cierta ocasión una bonita flor levantó su cabeza sobre el césped; pero al ver el cartelón se entristeció tanto pensando en los niños, que se dejó caer a tierra, volviéndose a dormir.

Los únicos que se alegraron fueron el hielo y la nieve.

—La primavera se ha olvidado de este jardín — exclamaban. — Gracias a esto vamos a vivir en él todo el año.

La nieve extendió su gran manto blanco sobre el césped y el hielo revistió de plata todos los árboles.

Entonces invitaron al viento del Norte a que viniese a pasar una temporada con ellos.

Y el viento del Norte aceptó y vino. Estaba envuelto en pieles. Bramaba durante todo el día por el jardín, derribando a cada momento chimeneas.

—Este es un sitio delicioso — decía. — Invitemos también al granizo.

Y llegó asimismo el granizo.

Todos los días, durante tres horas, tocaba el tambor sobre la techumbre del castillo, hasta que rompió muchas pizarras. Entonces se puso a dar vueltas alrededor del jardín, lo más deprisa que pudo. Iba vestido de gris y su aliento era de hielo.

—No comprendo por qué la primavera tarda tanto en llegar — decía el gigante egoísta, cuando se asomaba a la ventana y veía su jardín blanco y frío. — ¡Ojalá cambie el tiempo!

Pero la primavera no llegaba, ni el verano tampoco.

El otoño trajo frutos de oro a todos los jardines, pero no dió ninguno al del gigante.

—Es demasiado egoísta — dijo.

Y era siempre invierno en casa del gigante, y el viento del Norte, el granizo, el hielo y la nieve, danzaban en medio de los árboles.

Una mañana el gigante, acostado en su lecho, pero despierto ya, oyó una música deliciosa. Sonó tan dulcemente en sus oídos, que le hizo imaginarse que los músicos del rey pasaban por allí.

En realidad era un pardillo que cantaba ante su ventana; pero como no había oído a un pájaro en su jardín hacía tanto tiempo, le pareció la música más bella del mundo.

Entonces el granizo dejó de bailar sobre su cabeza y el viento del Norte de rugir. Un perfume delicioso llegó hasta él por la ventana abierta.

—Creo que ha llegado al fin la primavera — dijo el gigante.

Y saltando del lecho se asomó a la ventana y miró. ¿Qué fué lo que vió?

Pues vió un espectáculo extraordinario.

Por una brecha abierta en el muro, los niños habíanse deslizado en el jardín encaramándose a las ramas. Sobre todos los árboles que alcanzaba él a ver, había un niño, y los árboles sentíanse tan dichosos de sostener nuevamente a los niños, que se habían cubierto de flores y agitaban graciosamente sus brazos sobre las cabezas infantiles.

Los pájaros revoloteaban de unos para otros cantando con delicia, y las flores reían irguiendo sus cabezas sobre el césped.

Era un bonito cuadro.

Sólo en un rincón, en el rincón más apartado del jardín, seguía siendo invierno.

Allí se encontraba un niño muy pequeño. Tan pequeño era, que no había podido llegar a las ramas del árbol y se paseaba a su alrededor amargamente.

El pobre árbol estaba aún cubierto de hielo y de nieve y el viento del Norte soplaba y rugía por encima de él.

—Sube ya muchacho, — decía el árbol

Y le alargaba sus ramas, inclinándolas todo lo que podía, pero el niñito era demasiado pequeño.

El corazón del gigante se enterneció al mirar hacia afuera.

—¡Qué egoísta he sido! — pensó. — Ya sé por qué la primavera no ha querido venir aquí. Voy a colocar a ese pobre pequeñuelo sobre la cima del árbol luego tiraré el muro y mi jardín será ya siempre el sitio de recreo de los niños.

Estaba verdaderamente arrepentido de lo que había hecho.

Entonces bajó las escaleras, abrió nuevamente la puerta y entró en el jardín.

Pero cuando los niños le vieron, se quedaron tan aterrorizados que huyeron y el jardín se quedó otra vez invernal.

Unicamente el niño pequeñito no había huido porque sus ojos estaban tan llenos de lágrimas que no le vió venir.

El gigante se deslizó hasta él, le cogió cariñosamente con sus manos y lo depositó sobre el árbol.

Y el árbol inmediatamente floreció, los pájaros vinieron a posarse y a cantar sobre él y el niñito extendió sus brazos, rodeó con ellos el cuello del gigante y le besó.

Y los otros niños, viendo que ya no era malo el gigante, se acercaron y la primavera les acompañó.

—Desde ahora éste es vuestro jardín, pequeñuelos — dijo el gigante.

Y cogiendo un martillo muy grande echó abajo el muro.

Y cuando los campesinos fueron a medio día al mercado, vieron al gigante jugando con los niños en el jardín más hermoso que puede imaginarse.

Estuvieron jugando durante todo el día, y por la noche fueron a decir adiós al gigante.

—¿Pero dónde está vuestro compañerito? — les preguntó. — ¿Aquel muchacho que subí al árbol?

A él era a quien quería más el gigante, porque le había abrazado y besado

—No sabemos — respondieron los niños; — se ha ido.

—Decidle que venga mañana sin falta — repuso el gigante.

Pero los niños contestaron que no sabían donde vivía y hasta entonces no le habían visto nunca.

Y el gigante se quedó muy triste. Todas las tardes a la salida del colegio venían los niños a jugar con el gigante, pero éste ya no volvió a ver al pequeñuelo a quien quería tanto. Era muy bondadoso con todos los niños, pero echaba de menos a su primer amiguito y hablaba de él con frecuencia.

—¡Cuánto me gustaría verle! — solía decir.

Pasaron los años y el gigante envejeció y fué debilitándose. Ya no podía tomar parte en los juegos; permanecía sentado en un gran sillón viendo jugar a los niños y admirando su jardín.

Tengo muchas flores bellas, — decía — pero los niños son las flores más bellas.

Una mañana de invierno, mientras se vestía, miró por la ventana.

Ya no detestaba el invierno; sabía que no es sino el sueño de la primavera y el reposo de las flores.

De pronto se frotó los ojos, atónitos y miró con atención.

Realmente era una visión maravillosa. En un extremo del jardín había un árbol casi cubierto de flores blancas. Sus ramas eran todas de oro y colgaban de ellas frutos de plata; bajo el árbol aquel estaba el pequeñuelo a quien quería tanto.

El gigante se precipitó por las escaleras lleno de alegría y entró en el jardín. Corrió por el césped y se acercó al niño. Y cuando estuvo junto a él, su cara enrojeció de cólera y exclamó:

—¿Quién se ha atrevido a herirte?

En las palmas de las manos del niño y en sus piececitos, veíanse las señales sangrientas de dos clavos.

—¿Quién se ha atrevido a herirte? — gritó el gigante. — Dímelo. Iré a coger mi espada y le mataré.

—No — respondió el niño, — éstas son las heridas del Amor.

—¿Y quién es ése? — dijo el gigante.

Un temor respetuoso le invadió, haciéndole caer de rodillas ante el pequeñuelo.

Y el niño sonrió al gigante y le dijo:

—Me dejaste jugar una vez en tu jardín. Hoy vendrás conmigo a mi jardín, que es el Paraíso.

Y cuando llegaron los niños aquella tarde, encontraron al gigante tendido, muerto, bajo el árbol, todo cubierto de flores blancas.

Oscar Wilde



"Lo hallaron al pie del árbol..."

Ceilán la región privilegiada :: para la pesca de perlas ::

Ceilán, que tantas bellezas naturales encierra, es una región privilegiada para la pesca de perlas, siendo con el Golfo Pérsico y el Estrecho de Manaar las regiones que producen las mejores perlas del mundo.

Las perlas son bastante comunes, pero las que a sus dimensiones bastante considerables añaden una forma regular y bellos reflejos son raras y de mucho precio.

Se han emitido muchas opiniones sobre el origen de las perlas; la más extraña es la de los antiguos, que atribuían la formación de la perla a una gota de rocío introducida accidentalmente en la concha.

Una perla de primera ha de tener, ante todo, bellas aguas, es decir, blancura depurada unida a un vivo resplandor que centellea a la luz. Hay también perlas que, con ser blancas, tienen un reflejo ligeramente azul y son por cierto las más estimadas. La segunda cualidad de una hermosa perla es su forma esférica o de pera regular. Existen también gran número de perlas de un color amarillento, y son por esto de segunda clase.

Aunque las ostras perleras existen en todas las partes del mundo, no hay más que un pequeño número de centros donde su explotación haya venido a ser una industria. Uno de ellos era en otro tiempo el Mar Rojo, que producía muchas perlas en tiempo de los Tolomeos. Hoy están probablemente agotados los bancos, o a lo menos no se explotan ya, circunscribiéndose la pesquería a Ceilán, donde multitud de indígenas se dedican a la pesca de las ostras perleras.

Hasta aquí hacían la pesca de ostras perleras buzos que, ejercitados desde su juventud, podían al fin permanecer hasta seis minutos, sin respirar, en el fondo del mar. Los prodigiosos esfuerzos que tienen que hacer y la considerable presión a que están sometidos, determinan en ellos multitud de accidentes gravísimos. Así, el cuerpo de estos desgraciados que se dedican a este espantoso oficio se cubre muy pronto de llagas y ninguno de ellos llega a la vejez.

Las escafandras, con cuyo auxilio se puede permanecer hoy bajo del agua, sin grandes inconvenientes, por espacio de muchas horas, se importarán ya en los parajes de esta pesca, y su adopción disminuirá considerablemente las graves consecuencias arrastradas hasta aquí por esta mortífera industria.

De todos los objetos empleados en el adorno la perla es el único que no debe nada al arte. Al contrario, los ensayos hechos para darle mayor precio no dieron más resultado que el deterioro. Es, pues, natural creer que la perla es una de las más antiguas substancias empleadas como objeto de adorno. En efecto, por más lejos que nos remontemos en los tiempos pasados, la vemos figurar en primera línea.

La mitología india habla a menudo de la perla, cuyo descubrimiento atribuye al dios Vichnut, el cual hubo de sacarla del océano para adornar a su hija Pandata. El "Libro de Job" y los "Proverbios de Salomón" hacen igualmnete mención de ella. Las narraciones de los antiguos historiadores nos muestran bien claramente el aprecio que hacían de la perla los babilonios, los persas y los egipcios.

Bien conocida es la historia de Cleopatra que, queriendo competir con Antonio en prodigalidad, se sacó una de las perlas que llevaba a las orejas — las que habían costado 1.800.000 pesos — la disolvió en vinagre y se la tragó. Se ha negado la posibilidad de este hecho y, sin razón, porque es muy posible. Ciertamente que se obtiene así el brebaje más abominable que puede imaginarse, pero se produce el hecho de la disolución.

La pasión de los romanos por las perlas fué, como todas las pasiones de este pueblo, llevada hasta la extravagancia.

La perla que César regaló a Servilia, hermana del célebre Catón de Utica, había costado una fortuna. La emperatriz Lolia Paulina, mujer de Calígula, llevaba, en un solo adorno, perlas cuyo valer era incalculable. Nerón y muchos otros de aquellos hombres fieros que la Historia tiene que poner en el número de los emperadores romanos, adornaban de perlas su calzado y los muebles de las salas de sus festines.

Las perlas tomaron también gran importancia en Medicina. Hasta nuestra época fueron empleadas como medicamento, y todavía hoy conservan en la China toda su importancia en este concepto. Los habitantes del Celeste Imperio absorben anualmente enormes cantidades de perlas en estado de disolución.

La perla más célebre que se haya visto en los tiempos modernos, es la que cita el distinguido viajero Tavernier. Se la encontró un árabe en los parajes de Catifa y la compró en 1633 el rey de Persia en medio millón de pesos.

La perla conocida con el nombre de "Peregrina", comprada por Felipe II, rey de España, pesaba 134 kilates.



1.— Marichchucardi, la ciudad de las perlas. — 2.— Compradores de perlas, en plena tarea y pertenecientes a las más distintas razas y religiones. — 3.— Un depósito de perlas. — Tipos de perleros, que más parecen piratas.—

Flores lindísimas, ramilletes armoniosos, algas graciosas, todo se hace en los laboratorios

Si descienden nuestras miradas a sondear los últimos límites de la vida, nos encontramos con multitud de extrañas criaturas que dormitan entre el mundo orgánico y el mundo inorgánico.

Desde los "Briozoarios" descendemos a los "Flustros", a los "Protozoarios", y por fin, en el último escalón de las existencias, hallamos el "protoplasma", primer organismo sin órganos, especie de gelatina viviente. ¡Es el despertar de la Vida!

Vayamos aún más lejos, y caemos en pleno misterio. Es posible que allí no haya más que química pura, pero como todavía nos es desconocido el secreto de la formación de las primeras células y del protoplasma primitivo, esto mismo no hace sino acrecentar nuestro interés por ver desenvolverse ante nuestros ojos las asombrosas manifestaciones de la fuerza molecular, realizada en el laboratorio.

Estas floraciones químicas, obtenidas por Esteban Leduc, ¿qué relación tienen con las formas vegetales vivientes?

Cuestión es ésta que el porvenir únicamente podrá resolver.

Pero no por eso resulta menos curioso examinar con atención y exponer a los amantes de la naturaleza estos tan notables resultados.

Ved ahí flores lindísimas, ramilletes armoniosos, graciosas algas, conchas de distintas variedades, hongos apetitosos, ramas de coral, etc. Ahora bien: todo eso ha sido el resultado de la ósmosis: hongos químicos, flores químicas y ramajes igualmente químicos.

Una pequeña bolita, constituída por una parte de sulfato de cobre y una cantidad doble de azúcar, reducidas a fino polvo, se sumerge en un líquido a la temperatura de treinta y cinco a cuarenta grados centígrados y formado por agua, gelatina, ferrocianuro de potasio y cloruro de sodio.

El grano o semilla artificial puesto en esa mezcla, no tarda mucho tiempo en dar señales de una gran actividad molecular: se dilata, se agranda, y alarga hasta treinta o cuarenta centímetros de altura un tallo flexible que presenta todas las apariencias de las algas.

Si el cultivo se opera en un medio más diluído, el tallo es menos largo, menos rectilíneo, pero, en compensación, se adorna con mayor número de ramas, convirtiéndose en una especie de árbol enano, que ofrece cierta analogía con las ramas del coral. Las vegetaciones que se desarrollan en un medio todavía más diluído, terminan, en las extremidades de sus ramas, por nudosidades que dan la impresión de hojas o de frutos.

Por el contrario, si el líquido está muy concentrado y se le ha superpuesto con cuidado agua destilada, se ven brotar hongos, por desgracia no comestibles.

Si la solución en que tiene lugar la germinación es de poco espesor, entonces vénse aparecer conchas.

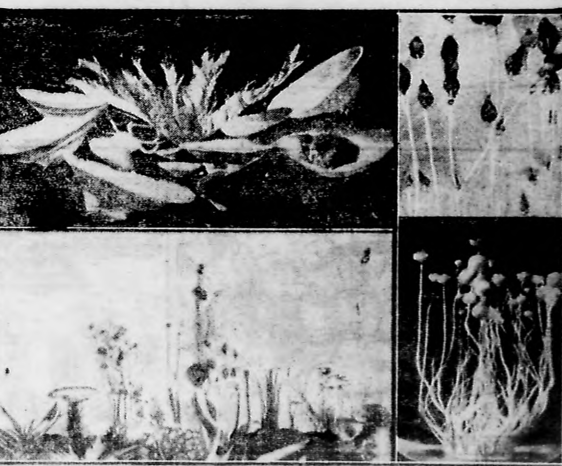
La naturaleza química de las sustancias empleadas ejerce una influencia preponderante en el resultado final: los nitratos, por ejemplo, contribuyen a desarrollar puntas y tallos espinosos; los cloruros alcalinos favorecen los crecimientos vermiformes; el cloruro de amonio sumergido en una solución de ferrocianuro de potasio, da lugar al nacimiento de formas que remedan agrupaciones florales. En las soluciones silicatadas, el sulfato de hierro produce creaciones verdosas, herbáceas o trepadoras, que se arrollan en espirales en torno de formaciones calcáreas más gruesas y de mayor solidez.

Con las sales de manganeso, de cloruro, de nitrato o de sulfato, se producen inesperados y curiosísimos cambios en el aspecto, los contornos y los colores de los "seres" creados en la mezcla.

De esa manera, por ejemplo, se ha obtenido una especie de hongos o setas constituídos por un talle que afecta la forma de una fina columna blanca, sobre la que se ve colocado un curioso sombrero de color amarillo por encima y negro por debajo.

Estos crecimientos osmóticos han metido, y con gran razón, mucho ruído en el mundo de la ciencia. Pero bien pronto les han salido numerosos detractores, que no los consideran más que como una curiosa imitación de las obras de la naturaleza, y los acusan porque les falta esta cosa esencial': la Vida.

A las objeciones levantadas por sus colegas, Leduc se concreta a responder: "Estas plantas viven, desde el momento que presentan todos los caracteres de la vida: nacen, crecen, alcanzan el máximum de su desarrollo, no pocas se reproducen, y mueren".



1.— Creación de minerales. — 2.— Algas artificiales. — 3.— El mundo que no existe. — 4.— Imitación de la naturaleza

La Niña Caritativa

Temprano, que apenas acababa de vestirse, Amalia corre al jardín a admirar y regar sus plantas, hablando como si fueran personitas, y cariñosamente le dice a un rosal: ¿Teníais sed? Toma, refréscate. Y vosotros, exclama, dirigiéndose a un arriate lleno de claveles: ¿Estabais impacientes?... ¡No os había olvidado, no! Buenos días, mis queridos pensamientos! ¡Cuántos colores! ¡Oh, qué maravilla, preciosas amapolas! No tembleis. Os contemplaré sin tocaros. Ya sé que sois delicadas. Y usted, señorita, ¿qué hace aquí? ¡Vamos, vamos! No libe usted todo el néctar de mis madreselvas. ¡Ah! ¿No me obedece?... ¡Tome! Y la bella criatura empapa con la lluvia de la regadera a la abeja susurrante, que huye a posarse un poquito más lejos. Los pájaros también andan en torno de Amalia, sin espantarse. Ella suele arrojarles granos y migas de pan, por eso se desvían, apenas para darle paso cuando ella avanza por los senderos, examinando a sus plantas queridas. De pronto, al aproximarse a la verja, advierte que pegada a ella, del lado de la calle, se encuentra una pobre chiquilla, que sigue sus movimientos y mira las flores con interés. Lleva al brazo un canastillo. Amalia le dice amablemente:

—¿Qué haces? ¿Adónde vas?

—Voy a vender estas flores.

El canastillo contiene, en efecto, varios ramos, casi marchitos ya.

—¿Y cuánto ganas con ésto?

—Muy poco, niña; algunos días nada, y entonces mamá se aflige mucho, porque papá está enfermo y no puede trabajar como antes.

—¿Cómo te llamas?

—Rosa, y mi hermana Margarita.

—¡Oh, qué bonito! ¡Nombres de flores!... Ven, entra un ratito y abre la puerta.

—No puedo, tengo que ir a vender.

—Entra, entra un momento, nada más. Seducida por el tono afectuoso de Amalia y por el deseo de pasearse por entre canteros tan bien cuidados y tan llenos de flores. Ven, necesito hacer unos cuantos ramos; ayúdame. Y las dos niñas, corriendo de aquí para allá, contentas, cortan rosas y jazmines, geranios y otras flores, haciendo pequeños ramos que adornan con lazo de amor, diosmas y hasta helechos. Rosa contempla encantada los hermosos ramitos, y mira después a su canasto, no sin cierta tristeza. En tanto Amalia sonríe maliciosamente. Prestame un momento tu canasto, ¿quieres? Y sin esperar, vuelca rápidamente las pobres flores que contiene. Pero... ¡Mis flores!... ¡Debo venderlas! Amalia no le contesta. Llena de nuevo el canasto con los ramitos recién preparados, y con la mayor gracia del mundo toma el brazo izquierdo de Rosa, cuelga de él su canastillo de flores y dice:

—Ahora a venderlas.

—Rosa, estupefacta, no sabe si ha comprendido bien ¡Cómo! ¿Para mí? ¿Que me las lleve

—Sí, en seguida; pero espera un poquito, y cortando un hermoso pimpollo de rosa blanca, se la introduce en las trenzas, diciéndole, sonriente:

—Esta es para ti sola, Rosita. Y empujándola con afecto a la calle, agrega:

—Ahora, corre que es tarde.

María Esther Aguerreta

14, años, Capital.





LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

La Caza del Magosaurio





